

Concurso de cuento y narración oral

Historias En Yo Mayor

Concurso de cuento y narración oral
HISTORIAS EN YO MAYOR

Organiza
Fundación Saldarriaga Concha
En alianza con
Fundación Fahrenheit 451 y la Red Capital de
Bibliotecas Públicas (BibloRed)

Antología, corrección de estilo y compilación:
Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama.

Jurados del concurso:
Carlos Castillo Quintero, Carolina Sanín y Maruja Vieira

Diseño:
Juliana Orozco

©Varios autores.
ISBN 978-958-57084-1-9
Primera edición, 2011
Impreso por PUENTES IMPRESORES LTDA
Calle 71 N° 69I- 21
Tels: 6040104- 2400494
Impreso y hecho en Colombia.

Índice

Un papel muy importante Por Valerie Guarnizo	15
Aldeana Por César Augusto Arriaga	19
Un encuentro con el viento Por Luis María Ortiz	21
Un sueño hecho realidad Por Elba Cecilia Parra	25
El espejo dorado Por Hilda Azucena Hernández	29
Amor sin fronteras Por Adelina Cáceres	37
Del horror de la guerra a un gran milagro (Basado en la vida real) Por Rosalba Espinel	43
El secreto Por María Helena Rodríguez De Ávila	49
El caracol de mar Por Consuelo Gallego	55
Rojito Por José Prieto Gutiérrez	59

Un deseo de Navidad	67
Por: Édgar Loaiza Alzate	
Vida y travesuras de la pulga	73
Por Pedro Antonio López	
El día que lo perdimos casi todo, menos la esperanza	77
Por Otilia Caína	
Nueve de abril	81
Por Jorge Pontón Caro	
El honor del ario	89
Por José Óscar Garzón Ramírez	
Caperucita roja y el celular sin batería	97
Por Augusto Guzmán López	
Breve historia de mi vida	101
Por Alberto Velásquez Pérez	
El apuntamiento que hizo famoso Rojas Pinilla	107
Por Clara Inés Duque	
Atentado al DAS -6 de diciembre de 1989	113
Por Margarita Ávila	
La hojarasca y el miedo	117
Por María del Carmen Ardila	

Historias en Yo Mayor, una aventura por la memoria y los relatos de nuestras personas mayores

Dice Gabriel García Márquez en una de sus obras “que la vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda, y cómo la recuerda para contarla”, y en efecto, a través de los relatos escritos y orales que hacen parte de esta antología, podemos ver cómo se entretajan episodios e historias de la existencia de 40 personas mayores de nuestra ciudad.

Para la Fundación Saldarriaga Concha¹ es un gusto presentar esta publicación, realizada en el marco del concurso Historias en Yo Mayor, realizado en alianza con la Fundación Fahrenheit 451 y la Red de Bibliotecas Públicas (BibloRed), con el propósito de descubrir, difundir y reconocer las voces de los mayores que viven en las diferentes localidades de Bogotá, y que además promovió el intercambio generacional, la transmisión de historias y saberes entre los niños y jóvenes con sus abuelos y los mayores de su familia.

¹ Creada en 1973, la Fundación Saldarriaga Concha como entidad de cooperación nacional, invierte recursos y aporta conocimientos a iniciativas y proyectos que generen cambios estructurales y sostenibles, para mejorar las condiciones de vida y la inclusión social de las personas en situación de discapacidad y de las personas mayores en Colombia.

La participación, en esta iniciativa, de más de 200 hombres y mujeres mayores de 60 años, nos muestra el interés que tienen en contar sus historias y que éstas sean compartidas y reconocidas, como parte de la memoria colectiva.

Buena parte de los participantes dio rienda suelta a los sueños y a la imaginación con escritos de ficción; otros, por supuesto, acudieron a las vivencias y experiencias en torno a la casa, los hijos, los padres, la naturaleza y al amor. Temas que no podían faltar en estos relatos como una muestra de que, al fin y al cabo, estamos rodeados de ingredientes que hacen más significativo y grato nuestro recorrido por la vida.

De igual forma el tema de la violencia, que ha sacudido a nuestro país desde principios del siglo XX, pasando por los años 50 hasta nuestros días, es abordado por otros mayores, casi como una forma de sanación frente a sucesos que los marcaron para siempre, y de no olvidar las lecciones aprendidas.

Agradecemos de manera especial a los jurados que nos acompañaron en este concurso: Maruja Vieira, Carolina Sanín y Carlos Castillo Quintero, todos comprometidos con la poesía, la narración y las letras, por la responsabilidad, apertura y cariño con que llevaron a cabo la evaluación y selección de los finalistas. Y resaltamos de manera especial las palabras de Maruja Vieira, poetisa y

periodista, quien hoy cuenta con 89 años de edad: “La experiencia de ser jurado en este concurso me deja historias llenas de bondad y de una ternura especial que guardaré para siempre”.

Nosotros también esperamos que cada lector guarde en su memoria los relatos de este libro y del DVD que lo acompañan, pero sobretodo esperamos que cada uno busque el espacio para oír y compartir las historias de su vida y del día a día con los mayores que están a su alrededor; y que contribuyan así a la consolidación de uno de los principales propósitos en nuestro trabajo alrededor del tema de envejecimiento y vejez: la construcción de una vejez digna, activa y participante.

Un papel muy importante

Por Valerie Guarnizo - Edad: 74 años
Biblioteca Pública Virgilio Barco

Vivimos en el bosque lluvioso tropical de la amazonia colombiana. Lluvee y llueve y llueve. La lluvia forma profundos charcos dentro de la selva. En las partes bajas de los sitios más abiertos de nuestra reserva comunal –la parte que hemos destinado para ser el lugar para construir nuestras casas– el agua permanece hasta que el sol cumple con su deber convirtiendo los charcos en parches de barro. Después de unos días, el barro se seca con los rayos del sol, pero, por supuesto, la humedad se queda, persiste. Se humedece nuestra ropa, nuestros zapatos, nuestros libros, nuestra piel. La humedad está ahí donde sea que vamos: en el suelo, en el aire.

Ahí está la selva también. Nos rodea. Su exuberante y fértil verdor nos toca. Nuestras vidas están infundidas por la invisible corriente de su energía primordial. Ésta nos guía en todo lo que hacemos: patrocina, respalda y apoya nuestras decisiones justas; hace reajustes a nuestras acciones fallidas; ajusta nuestros cuentos...

Uno de los miembros de nuestra comuna, Luis Eduardo, siendo bastante formal, muy organizado, una persona precavida, ha propuesto la idea de conseguir un topógrafo para hacer un plan del área de la reserva donde construiremos las casas y, así, saber dónde están las partes más secas. Sucede que yo ya he escogido mi sitio en un lugar un poco elevado, rodeado por unas hermosas palmas de asaí y, de hecho, mi casita está en el proceso de construirse. La idea de pagar ahora por un mapa del terreno me parece innecesaria. “Seguramente con hacer un chequeo de la tierra después de una buena lluvia sería suficiente para conocer cuáles son las partes más secas”, me digo a mí misma. Otros miembros de la comunidad tampoco están convencidos de la necesidad de un mapa topográfico para indicarnos algo que podremos fácilmente descubrir con sólo observar. Sin embargo, ninguno de nosotros insiste en oponerse a la propuesta, así que Luis Eduardo encuentra un topógrafo quien produce el mapa y nosotros compartimos debidamente el costo.

El siguiente domingo nos reunimos en la casa de Luis Eduardo en el pueblo. Todos echamos un vistazo al papel con sus enigmáticos puntos y partes sombreadas. Luis Eduardo, en seguida, enrolla el mapa, con una cierta reverencia, y lo

coloca en su morral. Después me entrega el morral y lo colocó en mi espalda y me montó atrás en su moto. Desde la casa, todos nos dirigimos a Cercaviva, nuestra reserva comunal, a once kilómetros del pueblo. Momentos después de partir empieza a llover. Yo tiemblo de frío cuando las gigantescas gotas de lluvia encuentran su camino por el cuello de mi blusa y corren por mi espalda. Al llegar a mitad del camino, ya Luis Eduardo y yo estamos totalmente empapados. La carretera irregular está barrosa y llena de baches; la moto tiene que virar bruscamente para evitarlos. Me agarro de Luis Eduardo para no caer.

Por fin llegamos a la reserva. Yo desmonto y le paso el morral a Luis Eduardo.

-¿Pero dónde diablos está el mapa?

-¡Maldita sea!, debe ser que se cayó por el camino.

-Voy a buscarlo.

Y Luis Eduardo se va bajo la lluvia, que no ha cesado, a buscar ese papel importante.

Desde la profunda selva imagino oír una carcajada.

El mapa nunca se volvió a ver. Todas las seis casas se construyeron sobre las partes más secas del terreno en la reserva.

Nunca más se hizo mención sobre aquel papel, hasta que yo me puse a contar este cuento.

Aldeana

Por César Augusto Arriaga - Edad: 60 años
Biblioteca Pública de Suba Francisco José de Caldas

1

Prendió la vela, oró a Dios, al señor de la resurrección. Pidió por su pobre inteligencia, por la suerte, por el equivocado olvido, por la otra vida, y dejó que la acompañaran los perros.

2

Escuchó un coro entre la almohada, soñó en el amanecer, puso los pies sobre la tierra y preparó el café para la mañana. En el redondo espejo peinó su cabello encendido, se acomodó el sombrero y dedicó las primeras horas al cuidado de las rosas.

3

La leche recién ordeñada en la taza de chocolate y la arepa untada de mantequilla le dieron la fuerza para recoger los huevos, abrir la puerta del corral de las aves, llenar el canasto de feijoa, amarrar la vaca y el ternero, dar agua y pan mojado en leche al toche, montar la carga en el pichirilo, llegar al pueblo y regatear las otras necesidades.

4

Murmuró boleros preparando la comida.

5

La noche se hizo carne, la luna oyó los celosos besos. Los pechos dejaron el satén. El corazón gritó cerca de la ventana, la pasión corrió por el sendero de su alma. Hubo conejo luz en el amor y se abrazó al hombre.

6

Dejó la barriga expuesta a la llovizna, caminó muchos pasos sobre el potrero. El sol estuvo al otro lado de la cerca. Entró en la casa de ladrillo, leyó el capítulo del libro y pensó en el futuro de su familia.

7

El gallo cantó. La economía había dejado en ruinas al país, la guerra se ganó con la política, las balas mataron a los héroes, los niños lloraron y el presidente tuvo problemas con la digestión.

8

Las hijas llegaron a ser profesionales, los nietos se casaron, la finca se dividió en pequeños lotes y el acueducto nunca llegó, a pesar de pertenecer a Bogotá. Cada cual cogió un camino diferente y la navidad no volvió a ser como era antes.

9

Entonces, dijeron que ella se había ido al cielo prometido.

Un encuentro con el viento

Por Luis María Ortiz - Edad: 69 años
Biblioteca Pública de Venecia Pablo de Tarso

“ ... solamente muero los domingos,
y los lunes ya me siento bien. “

Charly García, Confesiones de Invierno

Es domingo en la tarde, el sol incendiaba los poros, ya casi sobre las dos y media empecé a percibir el inconfundible olor a muerte que el viento llevaba sobre sus alas; las miradas de los niños eran tan melancólicas que parecían despedirse, como si fuesen a partir hacia un viaje sin regreso. Los pasos de los transeúntes se volvían cada vez más largos, más llenos de zozobra, más arrepentidos. Todo, los gestos, los ademanes, los pensamientos, las palabras, las sonrisas, todo se encontraba en trance, como si la vida en ese instante tuviese síntomas de catalepsia. Pero era el viento. Era él quien realmente sabía por qué el ambiente se llenaba de caprichos, entonces, luego de ser testigo del irreverente cuadro representado por las personas del pueblo en ese instante (parecía una profecía pintada por Obregón) me dirigí hacia

la casa. Preso de una preocupación alucinante, sentí que el umbral de la puerta se hacía estrecho, como si no desease que yo entrara; las escaleras de madera reprochaban mis pasos y me obligaban a subir con más angustia. Ingresé a mi habitación y luego de abrir la ventana me dejé caer en la silla mecedora. Observé, entonces, a lo lejos la cordillera, las montañas emulaban rodillas de negro alzándose hacia el cielo. Faltaba poco para que fueran las tres de la tarde. Desde afuera una brisa helada atravesó la ventana y me besó los huesos, sentí que una fuerza extraña se posaba en mi hombro, deseaba hablarme, sentí miedo. El pánico paralizó mi cuerpo y me condenó a la silla. De pronto irrumpió una voz en el eterno silencio de las tres y quince de la tarde, diciendo:

–No se asuste.

–¿Quién es? ¿Quién me habla? –pregunté pausadamente.

–Soy el viento de las tres de la tarde, el que trae los recuerdos tristes y el aroma a mar caliente, el que adormece a las gentes a la sombra de los aleros de las casas. Soy el viento de las tres de la tarde, el de los malos presentimientos –contestó la voz ahogada en melancolía.

–¿Qué desea de mí? –pregunté buscando alguna forma tangible para orientar la voz.

—¿De usted? Nada. Sólo quiero que me escuche, no soy culpable. Usted tampoco lo es por percibir mi perfume a muerte. Sólo quiero que sepa que no soy yo quien trae las tragedias, sólo las transmito —contestó el viento, esta vez con más tristeza.

Obviamente no lograba comprender las palabras de aquella fuerza extraña que me hablaba; no comprendía el viento. De pronto fui levantado de la mecedora como una hoja. El viento me arrojó con la cara hacia la ventana. Entonces sentí que la voz lloraba susurrándome al oído:

—Mire esas gentes, el sol lame sus cuerpos, la tierra besa sus pasos, parecen sonámbulos. ¿Sabe?, aunque caminen ya están muertos; sus días no transcurrirán más, sus amaneceres serán grito de buitres y sus recuerdos olvido de otras gentes. Pobres, no lograron escucharme, no lograron percibirme. ¿Era eso tan difícil?

No supe qué me aterraba más, si el hecho de estar suspendido en el aire, amarrado a las alas del viento, o haber visto en las personas cómo el color de las nubes de abril desfiguraba sus rostros con pinceladas de muerte, marchando hacia un destino que dictaron otros, con la condena a cuestas.

Las campanas de la iglesia anunciaban las tres y treinta de la tarde cuando el absurdo trueno de una explosión, en algún lugar de la plaza, acabó con todo. Fue el silencio un lamen-

to eterno, un lamento y muchos más; el comienzo de un final interminable. La plaza reclamaba sangre, el cielo huyó espantado. Maldita explosión de mierda que acabó con todo, acabó con el silencio y rompió el ruido, atravesó con sus lanzas las miradas de los niños, con su mordaz humo cubrió de infinito sueño todo cuerpo de madre, de hija, de abuela. Todos los hombres se doblegaron con los labios besando la tierra y el pecho despedazado. Todo se acabó en la plaza, en las callejas empedradas, en las fachadas cansadas de las casas. Todo se acabó en mi ventana. Mis ojos enmudecieron y las imágenes no fueron más. Entonces comprendí las palabras del viento; supe que él era uno y muchos más. Probé el sabor irónico de la vida bajando el telón. Comprendí que la vida me asesinaba hombre, me asesinaba humano, para que la muerte me pariera desastre, me pariera viento, viento de las tres y treinta de la tarde.

Un sueño hecho realidad

Por Elba Cecilia Parra - Edad: 62 años
Biblioteca Pública La Peña

Una noche soñé que estaba caminando en medio de una carretera rural con una persona. No sabía quién era, pero tenía la sensación de que la conocía de antes, cuando, de repente, se escuchó un disparo y la persona que me acompañaba cayó muerta. De su frente salía mucha sangre. Entonces yo en medio de mi desespero me sentí afortunada de que no hubiese sido yo la muerta; me miraba por todo el cuerpo pensando que también estaba herida. Me desperté muy asustada y durante todo el día no pude sacarme el sueño de mi cabeza.

Estando en el trabajo seguía inquieta sin saber por qué. De repente llegaron mis hijas con una noticia: la muerte del papá de mi esposo quien vivía en un pueblo alejado y no tenía más familia que nosotros. Inmediatamente pedí permiso, alisté las maletas y a mis hijas y salí para aquel pueblo a enterrar a mi suegro.

Desde que llegamos a la terminal había malos presagios con el viaje. Algunas personas decidieron no viajar porque la región estaba insegura; en otra parte del recorrido paraban el bus y hacían bajar a algunos pasajeros en medio de

gritos. Yo sola con mis hijas pequeñas, con un miedo terrible, solamente orando y convencida de que tenía que llegar a ese pueblo como fuera.

Todo el viaje fue una odisea: los problemas de seguridad, los retenes militares, el bus que no andaba y se varaba haciendo más tortuoso el viaje y, además, llovía a torrenciales. Pasando el río se abrió una de las bodegas y se cayó una maleta que resultó ser la mía. Afortunadamente un campesino en bicicleta le avisó al conductor y la pudimos recuperar.

En medio de la noche el bus se varó y nos tocó esperar muchas horas para ver si aparecía un carro para llevarnos. Cuando ya perdíamos las esperanzas llegó un carro pequeño y nos empezó a transportar por grupos y a dejarnos en medio de la carretera para poder entrar todos juntos al pueblo.

Esperando en aquel lugar recordé el sueño; el lugar era exacto, lo único diferente es que había muchas personas. De repente empezaron a caer piedras de todos lados. Nunca supe si era algún grupo armado o algunos campesinos molestándonos. Los niños estaban asustados, y, para tranquilizarlos, se me ocurrió decirles que eran frutos de un árbol.

Por fin llegamos al sitio donde se encontraba mi suegro muerto. El ataúd estaba sellado, por

eso nunca vimos el cadáver. Todo el día lo pasamos velando al difunto y llegó el momento de llevarlo al cementerio. Cuando unas personas nos preguntaron quiénes éramos nosotros, les respondí que era la esposa del hijo. Para todos fue una sorpresa darnos cuenta que este señor no tenía hijos. Pregunté más y nos dimos cuenta de que había dos muertos en el pueblo que se llamaban igual, Absalón Triana.

Absalón Triana, mi suegro, había muerto por el golpe de una vaca, y el otro Absalón Triana, el desconocido, había muerto de un tiro en la frente en medio de una carretera. Aún no salgo de mi sorpresa al pensar en esta historia llena de casualidades: una persona que no conocía se metió en mi sueño e hizo que lo despidiera en su tumba.

El espejo dorado

Por Hilda Azucena Hernández - Edad: 61 años
Biblioteca Pública de Perdomo Soledad Lamprea

En los parajes de las altas montañas desérticas, poco habitadas en sus extensas faldas, adornadas con hoyuelos rosados y flores silvestres de mil colores, dando matiz al amanecer, inicia el concierto con el trinar de los pájaros que comparten el aire fresco lleno de aromas que dan vida, acompañados de los majestuosos rayos del sol. A lo lejos se observa un ranchito de bareque y barro, con techo de paja, envuelto en un torbellino de humo gris del fogón de leña encendida que calienta el chorote. De allí, saldrá un delicioso aroma de café que despertará a la niña de dos años de edad que ve cómo los rayos del sol se cuelan por la pequeña puerta del rancho.

La madre pronto le da el desayuno y se marcha sola a trabajar en las laderas vecinas donde hay variedad de cultivos. Al pasar un buen rato, y sin encontrar nada que hacer en el rancho, la niña decide salir a caminar por el único sendero que ve; lleva en su pequeño hombro un pedazo de ruana y en la mano una ollita. Después de haber caminado por largo rato, se siente can-

sada y decide acostarse sobre el trozo de ruana quedándose dormida.

Al despertar continúa su marcha, encontrándose en el camino unas cuantas cabras con las que juega y corre. Cuando siente hambre, recoge varias hojas y flores en la ollita para ir comiendo mientras sigue caminando. Se asoma el atardecer y el sendero se ha terminado al borde de un profundo acantilado. La niña lo observa con gran sorpresa y cuidado. A su alrededor sobresalen dos grandes montañas que, en sus entrañas, dejan ver un río apacible como una cinta de plata, su profundidad es inmensa.

La niña encantada con esta nueva experiencia nunca antes vista, permanece extasiada por la maravilla descubierta. Ve cómo los rayos del sol cambian el color plata del agua la cual apenas si susurraba en la profundidad, llenando el entorno de una abrumadora tranquilidad y somnolencia; todo se llena de un color dorado permitiendo ver el rostro de la niña en el fondo de las aguas. Ella comienza a hacer diferentes movimientos para saber si era su rostro o no, al darse cuenta de que era ella, grita lo más fuerte que puede. Al escuchar el eco que le contestó más animoso, se asusta; sin embargo, vuelve a mirar el río que le da seguridad y confianza. De inmediato le sonrío y ve en él sus dientes brillando como hermosos

diamantes. En aquel momento piensa en contarle a su mamá lo sucedido.

Rápidamente gira y emprende el regreso al rancho, entonando un hermoso canto al que se le unen los aromas de las flores y la danza de bellas mariposas de mil colores, en coreografía de ballet primaveral. El camino le parece más corto, pues la dicha llena su corazón y todo su cuerpo. No logra olvidar esa carita angelical e ingenua que acaba de conocer. Está ansiosa por llegar a su destino. Después de caminar largo rato divisa a lo lejos un torbellino de humo gris, se detiene y descansa. Entonces, comienza a hablar con las cabras que regresan a dormir a su corral y les cuenta, una y otra vez, la maravilla que había descubierto para ver qué le responden, pero se queda esperando, porque simplemente emiten su mugido característico. En aquel momento decide continuar su marcha y, de pronto, se encuentra con un búho que está posado en un pequeño árbol, con su pico dentro del plumaje. Apenas se nota su respiración por el movimiento suave y delicado de su pecho, la niña lo observa con detenimiento, y el búho, al sentir el aire de su inhalación, levanta la cabeza y abre sus grandes ojos. La niña, con gran asombro, nuevamente se ve, ahora en el reflejo de los ojos del ave, que brillaban como centellas, con

bordes rojos coral. Eran un marco de espejo muy hermoso para rodear la belleza angelical de la niña, a quien no le importa ver su vestido harapiento y sucio que toma vida con los destellos de los ojos. Sus pequeños pies delgados y marchitos por el sol lucen cansados y enterrados, pero nada de esto le importa, pues ella se siente muy feliz por verse tal cual como era por fuera, ya que en su interior sabe que la emoción que sale de su corazón, pone en sus rojos labios, como ciruela madura y jugosa, el néctar de la belleza interna que pocas veces descubrimos en nosotros. Por eso, ella no siente vergüenza de su apariencia desparpajada que le muestra el espejo de los grandes ojos del búho.

Con mucha delicadeza y suavidad comienza a hablarle al búho y le cuenta la experiencia vivida horas antes en la orilla del acantilado. Mientras le habla pasa sus manos a lo largo del plumaje del ave. El búho escucha con mucha atención la cálida voz de la niña. De pronto, el búho comienza a mover su cabeza y el tenue aire le abre su hermoso copete, formando una esponja de cortas plumas que hace ver su cabeza más grande. La niña, con asombro, ve desaparecer su reflejo en los ojos del búho, cada vez más pequeños. Entonces, entra en pánico y grita nuevamente lo más fuerte que puede,

pero sólo escucha el eco de su voz retumbando en sus débiles oídos, lo que hace que su frágil figura caiga al suelo desmayada.

El búho también se asusta y sale volando sin rumbo, pero al ver que comienza a oscurecer, decide buscar su refugio en el techo de paja del rancho donde vive la niña. Se posa cómodamente en un palo grueso y burdo que sostiene el techo y empieza a emitir su ruido característico, haciéndolo cada vez con más fuerza para llamar la atención de la madre de la niña que había salido en su búsqueda, que después de unos minutos resultó infructuosa. Ella se siente muy triste y agobiada; parada en la fila de la vieja puerta de madera, exhala gemidos y llantos, suplicando a Dios para que apareciera a su hija. En ese momento toma la decisión de salir en busca del búho, el cual era su única compañía en aquel rancho que luce más triste y oscuro que nunca sin la presencia de la niña. La desesperada madre decide subir por el tronco de un viejo árbol que da al techo del rancho para buscar al búho. Con un poco de dificultad, pero con gran prisa, logra llegar al sitio en donde se encuentra el búho. Al verla, éste entreabre sus alas y la mira fijamente a los ojos. Ese reflejo tan fuerte y luminoso enceguece a la madre, quien por unos instantes siente que una voz le dice que sigue-

ra el vuelo del búho, porque él le puede ayudar a encontrar a su pequeña hija. Al abrir los ojos, el búho sale lentamente y se posa en el viejo árbol a esperar que la mujer descienda del techo. Ya los dos se encuentran listos para emprender la marcha. El búho comienza a volar muy despacio para que la mujer lo siga. Después de un largo viaje por el sendero oscuro, iluminado únicamente por la luz que emanan los ojos del búho, el silencio era total. Sólo se escucha el respiro de la tierra a través de las hojas y las flores que suavemente inhalan y exhalan el calor de las entrañas del suelo. El ambiente era sutil y maravilloso para un encuentro con el universo, el cielo luce un perfecto manto azul adornado de luceros y estrellas que, aunque lejos, se ven como diminutos puntos brillantes que invitan a reconocer las maravillas de la creación. La mujer apenas tiene tiempo para admirar toda esta belleza y sigue caminando tras el búho, sin evitar verse impaciente, aunque estaba llena de esperanza y fe en encontrar a su pequeña hija tan pronto como fuese posible.

Pasan las horas, la angustia invade su corazón y su cansancio físico aumenta, así que decide llamar al búho para pedirle que se detenga para poder descansar un poco. Él con un gran gesto de solidaridad entiende a la mujer y des-

ciende al suelo, acomodándose a su lado. Con sus alas da masajes a las cansadas piernas de la mujer y ella, agradecida con el gesto del animal, también comienza a acariciar su cabeza. Se siente contagiada de su dulzura y encanto, olvidándose por algunos instantes de su angustia y afán por encontrar a su hija.

Después del corto descanso reanudan la marcha con más fuerzas e ímpetu, y seguros de que llegarían pronto hasta el sitio donde había quedado la niña desmayada. Caminan sin descansar por otro largo trayecto, soportando el frío que cubría la noche con su manto invisible, hosco, frágil y misterioso que los envuelve, mientras les da el ánimo para continuar con la búsqueda.

De pronto, en su desenfrenada marcha, escuchan un leve murmullo. El búho, quien siempre iba adelante, desciende y se para a investigar con varios movimientos de su cabeza, con los que pretende orientarse para saber de dónde vienen los ruidos del murmullo. Mientras tanto, hace su arribo la mujer, quien, jadeante por el cansancio y la fatiga, se queda observando los movimientos del búho. El búho detiene su cabeza hacia el lado izquierdo y emprende nuevamente el vuelo. La mujer lo sigue, esta vez durante un corto trayecto, mientras el ruido los acerca más al lugar donde se encontraba la niña que, al parecer, apenas

logra despertarse de un largo sueño.

La madre se agacha inmediatamente y posa su rostro sobre el pecho de la niña, sintiendo su calor corporal y respiración profunda, mientras que los ojos del búho alumbran como dos linternas la escena de un maravilloso encuentro. Pasan unos instantes para que la niña abra sus pequeños ojos y salude a su mamá y a su amigo búho, quien abre sus alas cobijándolas con una absoluta y sincera fraternidad. De este modo emprendieron el regreso al rancho para volver a sus vidas tranquilas, llenas de experiencias nuevas, valores verdaderos y amor profundo por lo valioso de la sencillez.

Amor sin fronteras

Por Adelina Cáceres - Edad: 84 años

Biblioteca Pública Las Ferias

Cuenta la historia que ella, una mujer joven y linda, residente de un pueblo de Colombia, cuando apenas tenía 14 años, trabajaba en la casa de una señora, esposa de José Gómez, el Alcalde del pueblo. Ella ayudaba a la señora Rocio con los oficios de la casa, y, por su nobleza y buen trabajo, se fue ganando día a día el corazón de ellos. El hecho de ser una mujer bonita y trabajadora llevaba a que muchos hombres jóvenes del pueblo se le acercaran; pero ella, por los principios de su hogar y por el carácter de su madre, no era capaz de aceptar una invitación de sus pretendientes.

A medida que pasaba el tiempo, sentía interés por los hombres que se le acercaban pero no pasaba de ahí. Sólo quería saber qué es estar acompañada, pero sabía que su madre se oponía. En un diciembre, ella fue a un pueblo alejado a la novena de aguinaldos con su hermano. Desde lejos sentía que alguien la observaba pero no lograba dar con la persona, hasta que lo logró, vio del otro lado a un hombre hermoso, al

cual le alumbraban los ojos, con ese brillo que pocos tienen. Ella, por curiosidad, le preguntó a su hermano que si el joven que estaba del otro lado no era del pueblo de ellos, Ciachia.

En el momento que se acabó la novena ella salía con su hermano y, cuando se dio cuenta, su hermano se le acercó al joven y le preguntó que si no eran del mismo pueblo –¡por supuesto!, respondió el joven–, eran del mismo pueblo. Esa noche los dos regresaron en el mismo bus, pero en puestos aparte, porque el hermano de la mujer no permitía que él se le acercara.

Como en ese tiempo eran pocos los que sabían escribir y leer, él le pagaba a un escritor para poderle enviar una carta a su amada. Pero ella, como cualquier mujer astuta, no se iba a prestar a pagarle a otra persona para contarle a él lo que sentía. Ella lo único que hacía era guardar las cartas; esto hacía que él sintiera mayor atracción y le reafirmaba que ella era la mujer que quería a su lado.

Él, con el transcurso del tiempo, se logró ganar el cariño de la mamá de su amada, o al menos eso parecía. Esa idea quedó totalmente descartada una noche en que los tres iban caminando y se despidieron de lejos, como todas las noches, porque ni cogerse la mano les era permitido. En ese momento él la llamó y ella,

con la confianza normal que podría tener, se devolvió, pero cuando ella decidió voltearse para escuchar lo que él le iba a decir, la mamá le ganó el paso, cogió un palo y le dijo que si se pensaba devolver, se iba a ganar una “muendera” bien dada. Él, como todo un héroe y consciente de que ella no tenía culpa alguna, le dijo a la mamá de su amada, que no le fuera a pegar porque ella no era la culpable.

Ellos se saltaron los pasos normales de una relación actual, no pasaron por un noviazgo. Ellos omitieron este paso, y al mes de estar saliendo sin verse, él tomó la decisión de pedirle a ella que se casaran. Ella, con 23 años, no le vio ningún problema. Cuando la citación para poner fecha de matrimonio llegó a la casa, su mamá fue la primera que dijo que para qué se quería casar, pues casarse era sufrir. Entonces, le recomendó echar esos papeles río abajo. Ella, con el dolor que tenía por el hecho de saber que su madre no la apoyaba, le contó a su amado; ella creía prudente que éste supiera todo lo que tendrían que pasar para estar juntos.

Él entró en depresión por el hecho de que no fuera aceptado siendo consciente de que era un buen hombre. No era mujeriego, era el prototipo que cualquier mamá querría para su hija, pero la mamá de su amada, se negaba a esto.

Afortunadamente el enamorado hombre también tenía quien lo defendiera y le diera ánimos para luchar por ese amor: su mamá, consciente de que había criado a un gran hombre respetuoso, no iba a permitir que lo hicieran sufrir y, por eso, decidió ir a hablar con la mamá de la mujer que cautivó a su hijo.

Esta mujer, templada también, le puso los puntos sobre las “íes” a la mamá de la joven. Le dio mil justificaciones para mostrarle que ese matrimonio se podía realizar. Una de las más fuertes razones era: “si usted crió a una buena muchacha fue para que estuviera con un gran hombre, y si yo crié a un gran hombre es para que esté con una gran muchacha, lo que existe entre ellos dos es amor, y no somos ni Dios ni jueces para interponernos. Los muchachos ya están grandes, ellos deciden con quién quieren estar”. En el momento en que ella la bombardeó con esas razones, la dejó sin una defensa, ni una sola, y lograron que ella aprobara ese matrimonio.

Luego de unos meses de matrimonio y cansada de estar de arrimada en la casa de su madre, la joven le dijo a su amado que se fueran de ahí, así fuera a un hueco, pero donde los problemas de ellos fueran sólo de ellos, y no ponerle problemas a nadie más. Así ocurrió, a los dos años de estar casados, ella quedó embarazada. Espe-

raba su primer hijo, uno de los dos varones que tuvo; y luego tuvo dos mujeres.

Ellos, conociendo las dificultades del campo, no dudaron en venir a probar suerte en Bogotá. No tanto por ellos, porque en el campo lo tenían todo; ellos lo querían hacer por sus hijos, para brindarles la mejor educación.

Él, luego de durar 55 años de casado, murió. Sin embargo, antes de morir le recordó a su amada la promesa que le hizo cuando eran jóvenes: estar toda la vida con ella, no importaría la distancia. El hombre logró cumplir su promesa: una vez murió, apareció una estrella que todas las noches, cuando ella mira el cielo, es la que más brilla, como brillaban los ojos de él cuando se conocieron. Ella sabe que a pesar de la distancia sigue con él, que si Dios les permitió estar juntos, esquivando problemas con su madre y la pobreza, también esquivaría la distancia que les impone la muerte.

Nota: esta historia fue narrada por la protagonista Adelina Cáceres de Cordero y escrita por Marcela Camargo (Nieta).

Del horror de la guerra a un gran milagro

(Basado en la vida real)

Por Rosalba Espinel - Edad: 62 años
Biblioteca Pública Parque El Tunal

Era el año 1953, 7 de la mañana de un día lluvioso del mes de abril. El olor a chocolate deleitaba a los 5 pequeños que jugaban en el patio de la casa.

En la cocina, su madre, Floralba Contreras, empezaba sus quehaceres para alimentar a los pequeños y a su esposo Floridián Vera. Él saldría a trabajar en la finca de escasas dos hectáreas, recolectando café y sembrando yuca, plátano y arracacha, para el sustento de sus hijos y su amada esposa.

De repente, el compadre de matrimonio de la pareja, exhausto y aterrorizado, los sorprendió por la parte trasera de la casa. Los niños dejaron de lado su juego, Floralba salió de la cocina, y el padre, quien se encontraba afilando el machete, sorprendido, esperó las palabras de aquel hombre:

–¡Compadre! ¡Empezó la guerra!

En ese momento Floridián sabía qué significaba y, sin pensarlo, tomó a sus hijos, miró a Floral-

ba y, con un gesto de resignación y miedo, dio la orden a todos de recoger lo que más pudieran de los enseres, comida y ropa, para salir a aventurar sin rumbo en las espesuras del monte y ver si, así, llegaría a salvar la vida de su familia.

Juvencio, Ignacio y Fidelia, quienes por su edad sabían que la guerra era ese momento en que todos huyen de las armas y se refugian para no morir, salieron de la casa. Blanquita por su corta edad pensaba que era un paseo por el bosque y Humberto, de apenas 3 meses de nacido, quien ni siquiera tenía razón de su propia existencia, se quedaba dormido en los brazos de su padre, mientras empezaban su aventura.

Ese día, durmieron en una caverna oscura, mientras en el espeso monte se destellaban ráfagas de un lado a otro, puesto que cada parte defendía sus ideales, sus colores y su territorio.

Las familias, dispersas y aterradas, huían y buscaban refugio en cuevas y entre la maleza para protegerse. Al día siguiente, los Vera Contreras encontraron albergue en otra cueva. Humberto, de tres meses, lloraba de frío en las piernas de su padre, mientras su mamá cocinaba una taza de mazamorra para los niños. Ellos estaban cansados, con sueño, con hambre y, sobre todo, con temor; no entendían por qué tenían que cambiar una cama caliente por una

cueva húmeda y fría.

Los Vera Contreras sortearon el monte cada vez con menos enseres y, prácticamente sin comida, buscaban suerte para no morir en el monte. En esas tristes noches las familias, al encontrarse, intercambiaban utensilios y comida para sobrevivir. Por esta razón, una madre que había perdido a su pequeño de 2 años por un paludismo, le dio a Floralba leche para Humbertico, que se encontraba desnutrido, pero fue tarde...

Al amanecer, Floralba quiso alimentarlo, pero el bebé estaba durmiendo un sueño del que nunca despertó, pues por las condiciones en las que se encontraban, el pequeño se fue volando al cielo: murió de hambre y fue enterrado al lado de un árbol de naranjas, sin ataúd ni misa, sólo con 4 pequeñas tablas que alguien le regaló a su padre, pues él no quería enterrar a su pequeño en sólo tierra firme.

Después de 3 semanas de travesía, y ya con un integrante menos en la familia, en un momento de impotencia, la familia salió corriendo de su refugio, pues escucharon pasos y voces, de esas que producían miedo. Al tratar de esfuermarse, Blanquita desapareció...

—¡Blanquita, Mamita! ¿Dónde está? —decían sus padres con voz suave, porque no podían llamar la atención de “los bandos que disparaban sus armas”.

Desesperados Floralba y Floridián, pero con el afán de cuidar a los demás, resignados y con lágrimas de dolor, dejaron que Dios la acompañara y le iluminara el camino para volver junto a ellos. Así, pasaron muchos días, con más dolor, sin su ángel Humberto y sin su princesita Blanca.

Esa noche fue la más dura para Blanquita, pues nunca se separaba de su madre. Una ceiba caída fue su hogar. Una oscuridad total la engañaba con sus troncos y ramas, haciendo la vez de fantasmas que volaban en su imaginación. Al día siguiente, Blanquita despertó temerosa, aterrada y con hambre. Siendo una niña con temperamento y temple, buscó papaya, maduro, aguacate y se alimentó para sobrevivir.

Muchos días pasaron y Floralba perdía la esperanza de ver a su pequeña, pero, encomendada a la virgen, se sentía tranquila, pues sabía que ella la cuidaba y la protegía de todo. En una de esas noches de llanto, la pequeña vio, desde su cama de ceiba caída, una pollita que se acercaba tímidamente a su refugio. La niña se sintió extrañada, pero contenta, pues las súplicas de su madre a la Virgen se convirtieron en un milagro viviente... desde la llegada de su nueva compañía, la niña se sintió tranquila, se le quitó el miedo y se sintió segura y acompañada por este animalito de devoción que llegó a protegerla y a hacerle menos penosos sus días.

Juntas comían papaya, la pollita “despiojaba” a la pequeña con su piquito, se escondían al escuchar pasos y voces, y, sobre todo, se acompañaban en las noches frías y los días calurosos.

Así transcurrieron días y más días, hasta llegar a ser dos meses. En una mañana radiante y esplendorosa, por fin llegó la paz, por fin se acabaron las ráfagas. Las familias empezaron a salir de sus refugios para buscar el camino a sus casas. Los Vera Contreras, angustiados, preguntaban por la pequeña... pero nadie daba razón alguna hasta que Doña Graciela, conocida de la familia, mostró un recorte de periódico en donde mostraban una pequeña niña que fue encontrada por un capitán, el cual estaba dispuesto a adoptarla. La pareja de esposos al ver la foto, conmocionados pero muy felices, descubrieron que se trataba de su Blanquita, desnutrida, pálida, rapada a causa de los piojos y ojerosa, pero hermosa, la observaban y sin pensarlo dos veces corrieron en su búsqueda. La niña, al verlos, lloró y se abalanzó hacia ellos y quiso enseñarles la pollita que la había acompañado en su travesía, pero ya no estaba. Desde ahí, su madre dijo que la pollita fue un milagro de su devoción: un ángel que bajó del cielo para acompañarla, pero que, al verla sana y salva, volvió a ascender a los cielos para regresar cuando otro pequeño angelito se sintiera solo o estuviera en peligro.

El secreto

Por María Helena Rodríguez De Ávila - Edad: 70 años
Biblioteca Pública Parque El Tunal

Esteban Mora solía ir al río Barro Blanco, muy conocido por los habitantes de la región. Él era un hombre de estatura mediana, robusto, encorvado, de piel morena y abrigado por los años. Todas las tardes al terminar sus labores, iba a buscar en el silencio de sus pensamientos la paz que le provocaban las cristalinas aguas de tan reconocido río. Se embelesaba jugueteando con ellas, cuando sumergía sus pies descalzos al tiempo que se sentaba en aquella roca testigo de sus nobles pensamientos. En uno de esos días de descanso, Esteban Mora escuchó el galopar de un caballo y de inmediato se levantó y muy rápido se ocultó tras unos arbustos desde donde alcanzaba a espiar. Vio a un hombre que se acercaba, éste traía consigo una mula de cabestro. Vestía un traje militar, era alto y de buen parecer. El hombre, sigilosamente, observó a todos lados y no vio a nadie; muy confiado bajó del caballo, se acercó a la mula y procedió a descargarla. El animal traía dos cajas de madera una a cada costado; ellas estaban muy ase-

guradas. El hombre las tomó, se dirigió al río y las guardó dentro de una gran roca que se asimilaba a una cueva; las cubrió y se cercioró de no ser visto. Montó su caballo y se marchó. Don Esteban esperó a que el hombre se perdiera en la distancia y, de un salto, salió de entre los arbustos. Lentamente se acercó para investigar qué era eso que aquel hombre había ocultado, ansioso y con manos temblorosas, descubrió la roca, penetró en ella y encontró dos cajas, las cuales tomó y las llevó apresurado a su casa. En la noche, el resplandor de la luna llena se convirtió en su compañero mientras él cavaba un profundo hueco para ocultarlas; luego de haber terminado, tendió su lecho encima y, muy fatigado de tanto trabajo, se quedó dormido sobre él. Al día siguiente, lo despertaron los suaves rayos de sol; abriendo sus ojos retuvo la imagen de un inmenso cielo adornado de pequeñas nubes que parecían islas y, de repente, el encanto se rompió cuando recordó su gran secreto. Como no podía desenterrarlo a plena luz del día, se fue a realizar todas sus labores y esperó nuevamente la noche, hasta que al fin llegó la tan anhelada hora. Con pala en mano comenzó a desenterrar las cajas, las sacó y vio que los seguros de una de las cajas estaban muy difíciles de abrir, entonces tomó su maceta y con

el puntero que le había regalado su bisabuelo procedió a golpearlos fuertemente hasta lograr su objetivo. Sus ojos vieron algo que su mente no conocía, sólo pudo ver muchísimas cosas redondas de brillante color. Preocupado por descifrar qué era aquello, se desveló el resto de la noche; sólo esperaba ver a su amigo Tito, el albacea, a quien conocía desde su infancia. Al fin el sol dominó sobre la oscuridad y el nuevo día llegó. Don Esteban Mora, llevando guardado en su bolsillo una de esas piezas brillantes, se dirigió a la plaza donde sabía que podía encontrar a su amigo. Se vieron a la distancia y el albacea se alegró y corrió a saludarlo. Don Esteban muy entusiasmado sacó la pieza, se la mostró y preguntó qué era aquello. Don Tito quedó sorprendido por que su humilde amigo le mostrara este objeto el cual correspondía a una moneda de oro, pues su gran amigo era pobre y vivía en una casa de paja donde sus paredes estaba hechas de matas de calabazo. Sin embargo, le explicó que aquello era una morrocota de oro; mientras su corazón se abría a la codicia, le interrogó dónde la había encontrado. Don Esteban le respondió que la encontró enterrada en la arena a la orilla del río. Inmediatamente Don Tito preguntó si había más de ellas. Don Esteban, hábilmente, en medio de su ignorancia le

contestó que no, pero preguntó para que serían. El albacea respondió que para comprar terrenos y casas, Don Esteban, entonces, ignorante en negocios, lectura y escritura, se vio obligado a hacer un trato con su amigo para que le comprara casas y terrenos y, a cambio, él le daría una moneda y éste le guardaría el secreto. El trato, entonces, se llevó a cabo.

El pobre Don Esteban se volvió rico. Conocido por toda la región, nadie supo de dónde salió tanto dinero, él donó a la iglesia la campana que mandó traer de la ciudad y la puerta hecha en roble tallada con su nombre. El cura se admiraba de la generosidad de Don Esteban. Al fin el pobre hombre abandonó la casa de paja llevando consigo la otra caja que guardó bajo unos andrajos sucios. Se fue a vivir a una de las tantas casas que había comprado, la cual constaba de dieciséis habitaciones y le generaba muy buenas ganancias. Estando allí, su corazón se enamoró de la bella Liliana con quien se casó.

Pasado algún tiempo perdió la voz y enfermó gravemente. Sus familiares y allegados aparecieron cuando nunca lo habían reconocido dejándolo en el olvido. Ellos, ansiosos, reclamaban su parte de la riqueza, pero Don Esteban había planeado quiénes heredarían, llegando a la conclusión de que sólo reconocería a los que

estuvieron a su lado, como lo fue Rosalbina, una de sus hijas, la cual le heredó a Clemencia, su nieta, quien fue la afortunada de tener la mayor riqueza de Don Esteban. Todo esto se realizó con la ayuda de Don Tito, en fidelidad a su amigo. A Liliana, su mujer, no le quedó nada ya que uno de los familiares de su esposo se llevó la otra caja llenita de monedas de oro o piezas brillantes, como solía llamarlas Don Esteban. Ella nunca sospechó qué era lo que había ahí. A los pocos días de la muerte visitó a Don Esteban Mora; ella nunca supo cuánto dinero tuvo, incluso olvidó cuántas propiedades poseía.

El hombre de vestido militar buscó incansable su tesoro pero nunca pudo hallarlo. La mejor parte se la llevó Don Tito, el albacea, quien terminó descubriendo ante todos el secreto del difunto Don Esteban.

El caracol de mar

Por Consuelo Gallego - Edad: 62 años
Biblioteca Pública Las Ferias

El día que Marlene Castillo y Juanita Botero resolvieron irse a vivir juntas no tuvieron que discutir al respecto, las dos lo estaban deseando.

Esa mañana, como había ocurrido, cada vez con más frecuencia en los últimos meses, Juanita amaneció en casa de su amiga y durante el desayuno, Marlene, con el tono natural y tranquilo que la caracterizaba, le dijo: –Juanita he estado pensando que podrías traer tu ropa; así no tienes que estar corriendo en las mañanas para ir hasta tu casa a cambiarte, antes del trabajo. –Tienes razón, pero me gustaría que lo dejemos para el próximo lunes, quiero organizar algunas cosas–, le contestó Juanita. Seguidamente, poniendo su mano en los labios, hizo el ademán de mandarle un beso.

Juanita no quería llegar a su nueva vida al lado de Marlene sin el regalo que llevaba pensando desde hacía un tiempo, pero que no había logrado conseguir en la ciudad. Se trataba de un caracol de mar. Afortunadamente, una de sus compañeras de trabajo, que había ido de va-

caciones a la costa, y quien regresaba a la oficina el lunes en la mañana, estaba comprometida a traérselo y así lo hizo.

Ese lunes en la noche dejó sobre la cama de Marlene una pequeña caja muy bien empacada, acompañada de una carta.

Marlene:

Hoy es un día muy feliz para las dos y no quería que pasara desapercibido. Me has invitado a compartir tu vida y yo lo he aceptado gustosa. Por esa razón, he decidido contarte una historia, que tal vez me has oído a retazos, pero que quiero que conozcas a cabalidad antes de dejarla al albedrío de la memoria. Esto te permitirá conocer mejor a la persona con quien vas a despertar en las mañanas, de ahora en adelante.

Mis antepasados eran arrieros. Sus vidas y las de sus padres y abuelos se tejieron en las faldas de los Andes. Su única fortuna la llevaban guardada en el carriel y junto a los dados, el escapulario, los tabacos y el yesquero para encender el fuego; albergaban el espíritu aventurero y el tesón sin límites que los llevó a conquistar las cordilleras y a fundar pueblos y ciudades en lugares en que, hasta el momento, sólo las águilas tenían su morada.

En esa ardua tarea de ganarle la partida a las montañas para establecerse, formar sus fami-

lias y empezar esta historia, de la que hoy me siento tan orgullosa, no estaban solos, contaban con la compañía silenciosa de las recuas de mulas, las únicas capaces de bajar y subir cargadas por faldas y precipicios; no sólo con el café, los plátanos y demás productos que les daba la tierra solidaria, sino con todos los enseres domésticos. Ellas se ranchaban avisando el peligro y, en más de una ocasión, obligaron a esos avezados viajeros a cambiar el camino para salvarles la vida, cuando la cordillera traicionera se las quería arrebatar.

Tal vez por esa identidad de los abuelos, con su tierra montañera, me sorprendía tanto que tuvieran un caracol gigante en la mesa de la sala, con el que siempre los nietos queríamos jugar, pero que, como todo objeto sagrado, estaba ahí para ver y no tocar. Sólo de la mano del abuelo José María, podíamos tomarlo con cuidado y alternando entre una y otra oreja, oíamos el mar. Siempre le preguntábamos lo mismo: ¿De dónde lo trajiste abuelo? Es una historia muy larga, vayan donde Julia que ella es quien sabe muy bien dónde lo encontramos. Íbamos con la abuela Julia en busca de la respuesta y nos decía: cuando estén grandes y se casen les prometo que les voy a contar. No es una historia para niños, son cosas de mayores. Y así fue: tuvo que casarse María

Eufemia, la prima mayor para que nos enteráramos del secreto. A veces pienso que la curiosidad por conocer el origen del caracol, tuvo más peso en su decisión que el amor por Rómulo, quien no inspiraba ni un mal pensamiento. El famoso caracol lo trajeron los abuelos de un viaje que hicieron a Buenaventura; con un pequeño detalle: cuando decidieron irse a conocer el mar no estaban casados y a su regreso, el bisabuelo, un paisa para quien valía más la honra de las hijas que su propia vida, les tenía todo listo: el cura, la fiesta y hasta la casa donde iban a vivir. De ahí surgió la tradición de la familia de regalarles a los novios un caracol de mar, como un augurio para un buen matrimonio.

Te quiero,
Juanita

PD: Espero que te guste y siempre conserves el objeto que acompaña esta nota. Sé que después de leerla, entenderás su significado.

Cuando Marlene terminó de leer la carta, desempacó la pequeña caja y encontró envuelto en una fina tela un caracol brillante con visos rosa, ocre y plata. Pensó que era el más bello que había visto en toda su vida.

Rojito

Por José Prieto Gutiérrez - Edad: 63 años.
Biblioteca Pública Usaquén - Servitá

–¡Un momento! Esperen, allá viene Rojito. Él nos resuelve el problema.

–¡Álex, Ud. parece bobo! ¡Ese cucho qué va a saber de esto! Arreglemos las cosas entre nosotros y no haga más aspaviento. Admitan nuestro triunfo y listos.

–¡Eso mismo les decimos! Este partido lo ganamos por reglamento.

–¡Miren!, ahí llegó Rojito. Preguntémosle. ¡Él sabe de todo!, así ustedes no lo quieran admitir –sentenció uno de los muchachos que estaban con Álex.

Sin darle mayor importancia al alboroto que se había formado al borde de la cancha, con paso cansino y mirar despreocupado, se acercó un anciano. Los chicos salieron a su encuentro hablando a voces, mientras tres o cuatro, los que no deseaban consultarle, permanecían sentados en las gradas del descuidado campo deportivo. En medio de la algarabía le preguntaban algo ininteligible. De pronto el anciano levantó una mano en señal de calma, y el griterío bajó el volumen, hasta quedar en silencio.

–A ver Álex, cuéntame qué sucede –dijo, diri-

giéndose al chico más cercano.

–Lo que pasa es que los del “B” son unos rabones. No quieren aceptar que perdieron el partido de ayer por reglamento, y pretenden que lo volvamos a jugar.

Varios muchachos intentaron agregar datos. Rojito, con otro movimiento impuso de nuevo silencio.

–¿Cuál fue el marcador? –Preguntó.

–Cuatro a tres, ganando ellos; lo que pasó fue que, en el segundo tiempo, alinearon a Pelusa, ¡él estaba sancionado y no podía jugar!

–¡Pelusa no alcanzó a jugar! –gritaron los integrantes del equipo sindicado.

–¡Sí, pero fue reportado con el árbitro y entró a la cancha! –clamó al unísono el grupo de Álex.

–Rojito, en ese momento, estaba en la cancha y no estaba jugando. Este campo de fútbol es para todos; cualquiera puede caminar por él sin que necesariamente sea un jugador, –sentenció una “sabia” voz entre los sindicados.

Como la situación se estaba volviendo a subir de tono Rojito levantó nuevamente la mano, con la intención de calmar los ánimos; sin embargo, en esta ocasión, los que se habían quedado atrás continuaron conversando.

–¡Téllez! –exclamó el longevo juez–. ¿No te interesa que solucionemos esto?

El muchacho que parecía comandar el desacuerdo, volteó un poco la cara hacia donde se ha-

llaba el anciano y, sin ponerse de pie, respondió:

–Para qué escuchamos lo que va a decir, ya sabemos que desde que esté ahí su ahijado “Alexito”, usted lo va a defender. Eso, mejor pasamos una carta al Comité de Deportes y que ellos decidan.

–Lo que pasa –intervino Alex–, es que usted está picado desde que Rojito señaló la bola que cayó por fuera de la mesa, en el partido que le gané al ping pong. Hermano, para que se le quite el sufrimiento, cuando quiera le doy la revancha.

–¿Cuál me ganó? ¡Rojito le regaló ese partido!, si no me hubiera quitado esa bola, yo gano. Además, no pienso volver a jugar con usted, ¡nunca!

–“¡Tiene culillo! ¡Tiene culillo! ¡Téllez tiene culillo!” –empezaron a gritar algunos.

El anciano movió nuevamente la mano, pero, en esta oportunidad, el grupo no se calló. Entonces, dio media vuelta dando la sensación de retirada. Eso fue suficiente para que regresara el silencio.

–Lamento que tenga tan pobre concepto de mí, señor Téllez –expresó Rojito–. Por ningún motivo sería capaz de favorecer a un alumno, cometiendo una injusticia en contra de otro; y, como no deseo que ese sentimiento crezca, prefiero no dar mi opinión. Me parece bien que el Comité Deportivo decida sobre este asunto.

–¡Nooo, que va! Rojito, no le haga caso a Té-

lez. No le preste atención a este man que no sabe perder; a pesar de ser lo único que hace.

El grupo soltó la risa al escuchar lo anterior, expresado precisamente por un integrante del equipo del inconforme.

Rojito no dio su opinión con respecto al partido. Dijo que invitaba a los dos grupos a que lo dieran por perdido, sin contar con los puntos en discordia. Así, para el que los recibiera sería como una bonificación y el grupo que los perdiera no lo notaría, al no contar con ellos desde ese momento.

Luego de escuchar la solución algunos se retiraron; los demás se repartieron para jugar un “picadito”. Mientras, el anciano, con dificultad, subía los escalones que formaban las gradas, hasta sentarse en la parte más elevada a observar a los muchachos, quienes comenzaron un ardoroso juego.

En poco tiempo se desatendió del partido. A sus ochenta y cinco años pocas cosas llamaban su atención o le preocupaban. No es que se sintiera tranquilo. No, por el contrario: continuamente lo asaltaban los recuerdos, dejándose llevar por ellos y volviendo a vivir en el pasado. Esa enajenación le permitía evadir sus malos momentos actuales, pues hasta las esperanzas parecían haberlo abandonado.

Ahora, lo único que lo entretenía era la vaca. A veces se sentaba frente a ella a mirarla, a ob-

servar su filosófica forma de pasar el tiempo, de pensar. ¿Sería que la vaca pensaba? Y si lo hacía, ¿en qué pensaría? Al mirarla a los ojos se daba cuenta de que ella también lo miraba, pero como si no lo viera: ¡Continuaba igual, hasta sin pestañear! Eso, se le ocurrió, podría indicar un pensamiento en blanco; mejor, un no pensar. Este animal tan grande parecía ser más estúpido que el gato, quien mostraba una cara más interesante; más inteligente. Además, ¡qué le importaba a él lo que pensara la vaca! Le interesaba que diera buena leche para que les hicieran el kumis y el yogurt a los niños del jardín; aunque el rector alegara que la vaca, que había sido donada por la asociación de padres, ya no daba nada. Pero no era cierto, el animal producía ¡dieciocho botellas diarias!

Hacía algún tiempo sospechaba que este rector andaba en chanchullos con los asuntos del colegio. A partir de entonces sintió más que nunca la muerte del anterior rector, el que lo había llevado a trabajar y a vivir allí. Más que nada a vivir, porque sólo le asignó el cuidado de algunas puertas; pero esa labor era muy poca a cambio de la comida, la dormida y una pequeña bonificación, la cual le suprimió el presente rector desde su llegada. Con seguridad se estaría quedando con su dinero, pensaba Rojito. Aunque eso, y muchas cosas más habían dejado de

importarle; entre ellas los pleitos estudiantiles en los que fungía como mediador. En otra época, el problema de los equipos de fútbol hubiera representado para él motivo de una placentera intervención, ya no. Ahora “miraba los toros desde la barrera”.

Su pensamiento permanecía lejano, sin interesarse por algo en especial; cambiaba de objetivo sin que nada le llamara la atención. Veía las cosas como sin verlas, mejor dicho, parecía que se diluyeran en su mente, sin dejar huella. Lo anterior lo llevó a descuidar sus deberes hasta el punto de dejar encerrados, desde las dos hasta las cinco de la tarde, a la profesora de química con los chicos de décimo, en el salón de laboratorio.

Lo que sucedió fue que esa tarde pasó por casualidad frente a ese salón y observó que el candado estaba abierto. Como revisar que todo quedara cerrado era una de sus obligaciones, y habiendo perdido la noción del tiempo, pensó que ya era la hora, procedió a colocar el cierre. Sólo hasta que un conductor de ruta preguntó por algunos alumnos, se dieron cuenta de su desaparición, encontrándolos cansados de gritar para que los sacaran de allí. A partir de ese momento fue suspendido de sus labores.

De esa manera comenzó a convertirse en un ser anónimo y los niños, que antes buscaban su ayuda y gozaban con su compañía, comenzaron

a olvidarlo. Incluso, cuando pasaba por los patios, ya no llamaba tanto la atención, y algunos ni notaban su presencia.

En la cocina sucedió otro tanto. Una señora que se preocupaba por la alimentación del anciano, fue trasladada a limpieza de salones y oficinas, y nadie se volvió a preocupar por él. Así, cuando Rojito dejó de aparecer por los patios, ninguno lo notó.

Un día, unos estudiantes decidieron golpear en la vivienda del anciano, con el ánimo de saludarlo. El sitio se encontraba desaseado y se sentía mal olor. Como no les abría, se pusieron a observar por las hendidias del desvencijado portón. Desde afuera todo parecía estar en orden, y Álex recalcó que no faltaba nada. Según dijo, el viejito tenía tan pocas cosas que a vuelo de pájaro era fácil indicar que nada faltaba. Los muchachos empezaron a hacer cábalas sobre la situación. Se les ocurrió que podría haber ido a visitar a algún pariente o que lo hubiesen enviado a cuidar alguna propiedad.

Dos días después, los mismos muchachos decidieron jugar a las escondidas, cerca de la casucha de Rojito. Cuando le correspondió a Álex esconderse, quiso hacerlo en la cerrada cabaña. Haciendo un esfuerzo para aguantar el hedor, palanqueó los goznes del desvencijado portón e hizo saltar los enmohecidos tornillos. Lue-

go, empujó la puerta despacio, sintiendo en su cara la fétida tufarada que salía del cuartucho; al momento, quedó petrificado por el impacto que le produjo la visión que se le presentó: a un lado de la puerta, sin que se observara desde el exterior, se encontraba en el piso y recostado contra la pared, el cadáver de Rojito.

Sin capacidad de reacción el chico quedó hipnotizado, observando los restos de quien fuera su gran amigo. ¿Lo había sido? “Claro que sí”, se respondió con ira; quien no había correspondido había sido él, Álex. ¿Por qué había sido tan desleal con ese maravillo ser? No tuvo, no encontró, la respuesta adecuada. Mientras así pensaba, sentía un nudo en la garganta que casi no lo dejaba respirar.

Al día siguiente, a pesar de las protestas del muchacho, al octogenario le hicieron un silencioso y oculto sepelio, para evitar molestos comentarios de la gente. Durante el corto oficio religioso, por la cara de Alex, único estudiante al que le permitieron el ingreso, resbalan gruesas lágrimas, mientras en silencio su mirada producía la sensación de una sentencia inculpatoria.

El informe forense anunció que la muerte del anciano había sucedido dos semanas antes, a causa de la desnutrición y el abandono.

Un deseo de Navidad

Por: Édgar Loaiza Alzate - Edad: 69 años
Biblioteca Pública Parque El Tunal

Después de pasar varios días oscuros, con fuertes lluvias y vendavales, es bueno ver que el clima mejora y que podemos salir sin tener que taparnos con impermeable, ni llevar paraguas.

Y hoy, por fortuna, hace un día muy agradable. Aprovechando esto, mi mami me llevó a caminar por la playa. Había barcos en el mar y algunas personas caminando por la playa. Yo llevaba la muñeca que mi papito me había regalado antes de irse de casa.

Mi tristeza consiste en que, cuando papá y mamá se separaron, no me tomaron en cuenta para nada, y cuando llorando les dije que no se pelearan, mi mamá me dijo que la culpa de todo la tenía mi papá, y, tomándome de la mano, me llevó lejos de ahí.

Y ¿por qué me tengo que acordar de estas cosas tristes, cuando no quisiera hacerlo? Creo que es inevitable. Estas cosas duelen, y mucho más en una personita tan pequeña como yo, que apenas está empezando a recorrer este valle de lágrimas, como dice mi abuelito.

Pero es que también recuerdo que escucho a

mi abuelita hablando muy mal de mi abuelito, y tampoco entiendo por qué, ya que, las pocas veces que hablo con él o me permiten verlo o encontrarme con él, me demuestra que es muy dulce, cariñoso y bueno, y nunca me ha hablado mal de nadie, mucho menos de mi abuelita.

¿Por qué tienen que ser así las personas mayores?

Pero hoy, en este día tan bonito, con mucho sol y brisa, lo que menos quiero es acordarme de cosas dolorosas y tristes. Entonces, caminando por la playa de la mano de mi mamá, mojándonos con el agua que la marea traía y recogiendo conchitas que llegaban con ella, corría y saltaba olvidándome de la tristeza que me hacía llorar.

De pronto vimos venir hacia nosotros a una señora que llevaba de la mano a una niña y, curiosamente, esa niña se parecía a mí. Al estar cerca de nosotras vi que la ropa que vestían era ordinaria y estaba bastante ajada y vieja. Miré a mi mamá y ella me dijo: son pobres y seguramente no han tenido la suerte de otras personas. Pregunté entonces a mamá si pasarían una bonita Navidad.

Posiblemente no tengan una navidad feliz, me respondió. Mirando a la señora y a la niña vi que, con todo y sus ropas ajadas y ordinarias, eran dos personitas muy bonitas, tiernas y de mirada llena de paz y de dulzura, pero no hablaban, sólo nos miraban.

De pronto la niña me miró, fijamente, y me

encontré, entonces, con unos ojos de mirada dulce y profunda, como queriendo decirme algo en silencio con esa fuerza de sus ojos. Y me ofreció su mano, con tanta seguridad, que yo no miré a mi mamá para pedir el permiso de rigor, como si la fuerza de un imán me acercara a ella.

Acepté su ofrecimiento, y ella comenzó a caminar adentrándose en el mar, y sin protestar, sin sentir temor, fui tras ella.

Sentía que el agua me mojaba, pero no llegué a pensar en los peligros del mar. Y nos internábamos en el mar; el agua no nos pasaba de las rodillas. Veía los pescaditos que nadaban por entre nuestras piernas.

Tenía una agradable sensación de paz y felicidad.

De pronto se detuvo y me habló y escuché una voz tan melodiosa, tan dulce, que daba mucha tranquilidad y paz. Me dijo: ¡Mira, ése que se refleja en el mar es el sol de la esperanza! Viendo ese inmenso disco, ese sol rojizo en el horizonte, le respondí: Es el sol de los Venados, me enseñó mi abuelito. La niña vestida de harapos me respondió que sí, y agregó que el sol es vida.

Nos encontrábamos muy adentro del mar, bastante retiradas de la orilla de la playa, pero nunca, repito, nunca, sentí miedo. Por el contrario, sentía una tranquilidad y seguridad que jamás, en mis pocos añitos de vida, había sentido; era una sensación de completa paz.

Entonces me preguntó: ¿Qué quieres de regalo en esta Navidad?

Y sin pensarlo mucho le dije que mi mejor regalo sería ver a todos los papitos con sus hijos, y al mío reunido con mi mamita y conmigo.

Mi nueva amiga, con sus lindos ojitos brillando, me preguntó: ¿Qué harías para que tu papito volviera con ustedes y no se fuera jamás?

Le dije: Daría mi muñeca.

Es la que más quieres, ¿verdad?

¡Sí! Respondí. Me la regaló mi papito, y es la que más quiero.

Y sin pensarlo dos veces –así dice mi abuelito– se la ofrecí: ¡Toma, te la regalo!

Ella, con su dulce sonrisa, en silencio, la recibió, la miró con el amor reflejado en sus hermosos ojos, la acercó a su pecho, a su corazón, y pasados algunos instantes me dijo: debes regresar, tu mamita te está esperando.

Miré hacia la playa en donde estaba mamá, y aunque muy lejos, vi que estaba sonriendo y que tenía los brazos estirados ofreciéndomelos; pero no vi a la mamá de mi amiga; mamá estaba sola.

Volteé entonces a mirar a mi compañera, pero ella tampoco estaba a mi lado.

Me encontraba sola en medio del océano; sentía que la marea se movía más suave que en otros días; vi que el sol brillaba más bonito

y la brisa, suavemente, movía mi cabello, pero estando sola tampoco sentí miedo. Caminé, entonces, hacia donde estaba mamá, pero regresé sola, y aunque no traía mi muñeca, venía feliz, porque se la había regalado a un ángel.

Pero me sentía más acompañada que antes.

Vida y travesuras de la pulga

Por Pedro Antonio López - Edad: 77 años.

Biblioteca Pública Parque El Tunal

La pulga ha acompañado a la humanidad desde el inicio. Según un cronista de la época, la pulga se coló al Arca camuflada en la melena del león y hasta en las mismas barbas del venerado patriarca Noé. Según el mismo cronista de origen árabe, Habersimecreen, la octava plaga de Egipto fueron las pulgas, pero por una secreta razón no se menciona en la Biblia. Por lo tanto, la pulga fue importada directamente de Egipto a Israel por Moisés. Por falta de espacio interrumpo aquí la historia de la pulga a través de los tiempos, pero en la segunda parte de este cuento (si es que la hay) continuaré con ella. Ahora vamos a la actualidad.

La pulga, ese diminuto animalito que nos pica en el momento, en el sitio, en la parte y en la hora menos indicada, pasa una vida azarosa llena de peligros y amenazas, pues desde que papá pulga y mamá pulga deciden traer más pulguitas, ya el hombre empieza la persecución implacable: al sorprenderlos en sus malabares amorosos mueren en el acto los dos amantes y,

así, privan al mundo de muchas pulguitas. Otra es la uña implacable que también colabora al exterminio, y no olvidemos los insecticidas que las elimina en masa. No faltan las personas que también utilizan la altamisa para eliminarlas a físico juguete en las cobijas. ¡Pobres pulgas!, sin quien las defienda, pues los defensores de animales no se preocupan por ellas. Sin embargo, las pulgas toman venganza de quien las persigue: en las reuniones sociales se divierten picando a algunos de los invitados en las partes más difíciles para atraparlas. Las hay también exhibicionistas, pues les gusta pasearse por las pecheras de las camisas, ojalá blancas de los caballeros, y en las immaculadas blusas de las damas. ¡Qué vergüenza! La víctima no se da cuenta hasta que otra persona, sin mucho disimulo, le indica que tiene un puntico negro que se mueve en la camisa o blusa. Otras se divierten dejando las manchas de sangre en las sábanas, las fundas y en la ropa de sus víctimas. La pulga es muy ágil, con sus saltos desconcierta a su perseguidor. También es muy hábil para esconderse en la ropa de color negro.

Según estadísticas de unos científicos norteamericanos, el 99% de las pulgas se le escapa al más experto cazador de pulgas (esa es la venganza de las pulgas).

Hay pulgas famosas, para nombrar tan sólo una de ellas, la estrella del balónpie argentino la “Pulga” Messi. A propósito, les contaré la historia de las pulgas trapecistas: era el circo más grande del mundo, la estrella del espectáculo era el más famoso domador y adiestrador de animales que había en ese momento. Como culminación de su exitosa carrera, preparó durante largos años la presentación de las pulgas trapecistas. Fue la tarea más difícil de su vida, ni la doma de las más temibles fieras, como el león, la pantera, el tigre, la culebra y otras más, y el adiestramiento de sapos, conejos y loros habían sido tan difíciles; pero llegó el gran día de la presentación de tan anhelado acto. La noticia se regó como pólvora, llegaron periodistas de radio, prensa y televisión y los más famosos camarógrafos de todos los rincones del mundo. La boletería se agotó, no cabía un alfiler en el circo, era algo que no se volvería a ver. Todo estaba listo.

Las pulgas harían su entrada triunfal a la pista, en una hermosa y lanuda perra. Las pulgas, en su alegría de que iban a coronarse de gloria, se escaparon del circo y se emborracharon, y así, en ese estado, llegaron a la presentación, pero el domador, en medio de su euforia, no se dio cuenta de ello. El público esperaba anhelante. Llegó el gran momento, se prendieron

las luces, el circo se iluminó, sonó la música, se prendieron las cámaras de televisión, y se lanzó al mundo la gran noticia: Las pulgas trapecistas eran una realidad increíble. El presentador anunció a la estrella del circo, el domador y sus maravillosas pulgas trapecistas. El público enloqueció, saltó, gritó, aplaudió, se iluminó la pista y salió el domador precedido de la perra y las pulgas montadas en ella.

Pero ocurrió el desastre, las pulgas estaban tan embriagadas que ¡se cayeron de la perra!, y el domador, que iba detrás mirando al público, no se dio cuenta de tal suceso y las aplastó con sus botas.

El público que se dio cuenta de la tragedia quedó petrificado. En la más completa oscuridad, todo quedó en silencio. De pronto una luz quemó las pupilas del domador. Al frente estaba el propietario del circo con la policía; el domador enmudeció, no salió de su asombro. No entendía lo que había pasado, pues se encontraba en la habitación del hotel. Miró el reloj, las dos de la madrugada. El propietario del circo, preso de la ira, le reprochaba que siendo él la atracción más espectacular del circo, no se presentara a su trabajo por estar embriagado, por lo cual los espectadores enfurecidos destruyeron las instalaciones del circo. Ahora él era el responsable de la ruina del circo más grande del mundo.

El día que lo perdimos casi todo, menos la esperanza

Por Otilia Caína - Edad: 79 años
Biblioteca Pública La Victoria

Ese día el fuego ardió con voracidad. La casa en donde habíamos levantado los sueños de una familia entera, se desvanecían por las llamas que la consumían poco a poco. No nos quedó nada de lo que teníamos, todo se fue abajo de un soplo. Recuerdo que no era una casa muy grande y lo que la hizo más propensa a quemarse fue el material en que estaba construida. Fue muy difícil pasar de un día a otro a la miseria completa. Sin embargo, eso no fue lo peor de todo; perder las cositas que teníamos adentro no fue lo peor de todo.

Nuestra casa estaba hecha de carrizo y de empaje, y con bloques de adobe. Tenía dos habitaciones, además de una bodega donde guardábamos los bultos de papa y de maíz. La cocina quedaba casi al lado de la habitación donde dormíamos con mi esposo.

Recuerdo que el día del incendio estaba haciendo el almuerzo, y como allí en el campo siempre se cocina con leña, pues esa leña, al que-

marse, guardaba una chispa que justamente ese día de verano alcanzó una altura de susto. Tanto que llegó a tocar el empaje de la cocina y empezó a arder lentamente. Yo, mientras tanto, me encontraba en un pozo cerca de la casa lavando la ropa de mis hijos mientras se cocinaban las papas y el cuchuco hervía. De un momento a otro, sentí un olor a quemado muy fuerte, como si el áspero sol del verano hubiera quemado el pasto, así que no puse mucha atención a ello.

Justamente a esa hora, dos obreros se encontraban cortando trigo; ellos se dieron cuenta del abundante humo que salía de la cocina. Angustiadados, gritaron mi nombre. Al oírlos, salí corriendo y dejé la ropa tendida al lado del pozo. Cuando llegué, encontré a los vecinos y a los obreros gritando y lanzando agua para sosegar las llamas, pero ya era muy tarde, nada se pudo salvar. Lo único que se pudo sacar fue la olla de la sopa que había en la cocina. Me tocó valerme de unas cucharas para poder servirles el cuchuco a los obreros y a las personas que ayudaron a apagar las llamas. Aunque no se salvó nada, estaba muy agradecida por la colaboración y la sopa era lo único que les podía ofrecer en agradecimiento.

Recuerdo que mi esposo ese día estaba trabajando en el pueblo y mis dos hijos mayores estaban estudiando. El único que estaba conmi-

go era el menorcito, “Mono”, le decíamos todos con mucho cariño. A la hora del almuerzo no sabía dónde se encontraba, tal vez jugando con las vacas o con las ovejas, el caso fue que a la hora de semejante tragedia no supe dónde estaba, porque luego de servir el almuerzo para la gente, estaba tan impactada por el suceso y por el llanto, que se me olvidó por completo que el niño estaba conmigo. De repente me vino a la cabeza el peor de los pensamientos.

Ya eran como las dos de la tarde y me empecé a angustiarse porque no veía al niño. Fui a las fincas cercanas a preguntar por él, pero nadie me dio razón. Lo busqué cerca del aljibe, también en los potreros más cercanos, pero nada, tenía miedo de que se hubiera quemado en el incendio o peor aún, que lo hubiera perdido allí. ¿Qué le iba a decir a mi esposo cuando llegara? ¿Qué le iba a decir a sus hermanos cuando preguntaran por él? ¿Qué iba a ser de mi vida de ahora en adelante? Muchas madres han sentido el dolor de perder un hijo, por unos minutos tuve ese sentimiento de pérdida, que era imposible de aguantar.

Cuando llegué a la casa exhausta de tanto correr buscando a mi niño, una de las vecinas me dijo que había escuchado unos débiles llantos al interior de la casa o, bueno, al interior de lo que había quedado de casa. Yo me lancé rápida-

mente, pero los obreros me detuvieron porque temían que lo que quedaba se viniera encima y pudiese lastimarme o matarme. Ellos, muy amablemente, se dispusieron a entrar, y les agradezco ese gran gesto de buena voluntad y fe, porque el niño se me hubiera asfixiado allí adentro.

Los dos obreros entraron y, según como me contaron, lo encontraron acurrucado en una de las esquinas de la habitación de nosotros, asustado y llorando, lleno de tizne y tosiendo. Como a la media hora lo sacaron cubierto por una ruana que no sé por qué no se alcanzó a quemar; debió haber sido la voluntad de mi Dios, él sabe cómo hace sus cosas. Creo que mi niño estaba destinado para grandes cosas y, si no se fue para el otro lado, fue porque mi Dios no quiso.

Esa noche, nos tocó pedir posada en una de las casas de los vecinos, allí nos dieron ropa y comida porque no nos quedó nada. Pero digo, nada de lo material, porque como dijo mi esposo al enterarse esa noche de todo lo sucedido: “Mija, hoy lo perdimos todo, menos la esperanza” y fue la verdad. Poco a poco fuimos recuperándonos del suceso, porque las cosas materiales se recuperan, mas la vida es invaluable y, afortunadamente, estas lecciones siempre sirven para darse cuenta de eso.

Nueve de abril

Por Jorge Pontón Caro - Edad: 69 años
Centro Cultural y Biblioteca Pública
Julio Mario Santo Domingo

El niño

Hiju/el diablo sí llora el niño. Mamá dice que tal vez le dolerá el estómago, que a lo mejor tiene hambre, o que está quemado, a pesar del continuo cambio de pañales. Hoy cumple ocho días de nacido y ahora nos prohíben jugar cerca de su alcoba, porque el ruido puede despertarlo. Daniel y yo no sabemos qué hacer. Yolanda, como es mujer, no juega a lo mismo que nosotros. Tal vez para ella esa orden no sea tan difícil de cumplir; será ponernos a jugar bolas, aunque en la tierra del solar es muy difícil.

Son las dos de la tarde. Hace una hora que almorzamos y ya podemos jugar fútbol. Para esto el solar es muy bueno, aunque esté en tierra y no en pasto, porque es muy amplio y la alcoba donde está mamá convaleciente del parto, queda algo retirada. Me dispongo a patear un penal cuando oigo los gritos de mi tía, llamando a mamá:

-¡Alicia, Alicia, mataron a Gaitán y Bogotá está hecha un infierno!, prenda el radio y oiga

la Nueva Granada que está dando la noticia.

Mamá no puede levantarse, pero mi tía corre a su habitación mientras Daniel y yo interrumpimos el fútbol para seguir a la tía hasta la alcoba de mamá. Ella ha encendido un radio que, después de unos segundos de silencio, corrobora lo dicho por la tía.

La más inmediata preocupación de las hermanas son sus esposos, es decir, mi papá y mi tío Jaime. Ambos trabajan en el centro de la ciudad; el primero a unas quince cuadras de donde mataron a Gaitán; y el segundo sólo a dos. Nada se sabe de ellos.

En su angustia, alternan oraciones y llanto, comentarios y preguntas; los silencios están destinados a oír cuidadosamente los comentarios de la radio. Pasan los minutos, que en opinión de ellas tienen la forma de horas. Nada se sabe de sus esposos. Por fin, como hacia las cuatro de la tarde, llega papá, trae un paquete muy grande con panela, chocolate, arroz, lentejas, fríjoles y manteca. Trabaja en Bavaria, empresa que, ante la gravedad de lo que sucedía, y por medio de su Cooperativa, optó por entregar a los empleados un pequeño mercado para que lo tuvieran de reserva. A papá le tocó hacer más de la mitad del recorrido a pie: logró coger un tranvía en la calle 24 y éste lo trajo hasta la 60; el resto fue a pie y

con el paquete del mercado. Ahora la preocupación es sólo por Jaime. Las mujeres siguen rezando. Nace una nueva preocupación: los teteros de Guillermo, el recién nacido ¿cómo los irán a traer en semejante caos?

–No podemos hacer más que esperar –dice papá.

Hacia las cinco, llega Jaime. Viene cojeando muy pronunciadamente.

–La chusma está persiguiendo a todo el mundo, corrí, y me caí en una alcantarilla destapada; me raspé la pierna –se levanta un poco la manga del pantalón y deja ver una larga raspadura que va desde la espinilla hasta más arriba de la rodilla, por el costado exterior de la pierna izquierda. Y concluye–. Tuve que venirme a pie, no pude encontrar tranvía ni nadie que me trajera.

De pronto, unos terribles golpes en la puerta. Papá se dispone a abrir y mamá quiere impedirselo. Los golpes prosiguen cada vez con mayor furia. –¡Abran o echamos la puerta abajo! –grita alguien desde la calle.

Papá abre.

–Si en quince minutos no pone una bandera de Colombia, le quemamos la casa.

¿De dónde sacar una bandera en este momento?

Papel milano más rosado que rojo, que sólo Dios sabe por qué estaba en casa; un cobertor amarillo del recién nacido; y un pedazo de sá-

vana azul hacen la bandera que es puesta en la puerta. Hacia las seis de la tarde, el cielo del solar se cubre de un color rojizo extraño, acompañado de una insinuante humareda.

Papá se asoma a la puerta. Cuando vuelve, informa, con temblorosa voz, semblante pálido y muy asustado:

–Incendiaron la tienda y la casa de don Nepomuceno.

–Pero si el viejo no es tan mala persona. Nos fía a todos, aunque venda más caro –comentó mamá.

–Dios mío, que el incendio no llegue hasta aquí –rogó mi tía, y de nuevo los rezos y las oraciones.

Hacia las ocho de la noche, después de comer, caí dormido.

El tendero

–Está buena la sopita. Esta Maruja cada día cocina mejor. Ojalá no entre nadie a pedir nada y me dejen almorzar tranquilo.

Debía cerrar a esta hora y volver a abrir hacia las tres y, a lo mejor, hasta una siestecita podría echarme, pero perdería la venta, que para algo sirve, aunque sea escaza. Voy a aprovechar la quietud de esta hora, para revisar el cuaderno de las deudas; si no estoy mal, el Urrego me debe casi veinte pesos, por eso no le quise fiar esta mañana lo del desayuno. No debería fiarle

a nadie, pero ¿cómo si todo el mundo viene es a pedir fiado? Algunos pagan puntual, otros a medias, y otros casi que a las malas. ¿Qué será ese alboroto que se oye? Es mejor asomarme a ver.

Doña Emma, buenas tardes, ¿Por qué el alboroto? Mataron a Gaitán, don Nepo; la radio dice que Bogotá está al revés; hay incendios y asesinatos cometidos por la chusma sublevada; quieren matar a todos los godos, y los dos somos godos. Sí, doña Emma, pero no le hacemos daño a nadie. ¿Y es que usted cree que preguntan algo antes de matar?, matan sin pensar en eso; voy a avisar a otras personas, adiós don Nepo.

Maruja, hija, venga un momento. Vino doña Emma y me contó que mataron a Gaitán y que todo está muy feo y al revés. Cerremos esta vaina y vámonos, Nepomuceno. ¿Y para dónde nos vamos?, aquí al menos estamos tranquilos. Entonces cierre la tienda, mijo, es mejor. Tranque bien la puerta y no le abramos a nadie. ¿Cómo se le ocurre que voy a cerrar? Si es cierto todo eso, la gente tendrá que venir a comprar, y si cierro, pierdo la venta. Vendrán a pedir fiado, porque nadie tiene plata. Sí, pero tarde o temprano me pagarán. Ya son casi las cinco de la tarde y siempre es que he vendido algoito, así, por encima diría que llego a los cuarenta pesos; claro que de esos, la mitad son fiados. A sus ór-

denes señor, qué se le ofrece. A mí nada, tiene que poner una bandera de Colombia o le incendio la casa, carajo. ¿Usted es godo o liberal? Liberal, señor, claro que liberal. Entonces hágame caso y ponga la bandera.

Maruja, Maruja, tráigase la bandera de Colombia que debemos ponerla en la puerta. Aquí está la bandera; póngala y cierre, mijo, no se arriesgue más. Sí, mija, quizás tenga razón. Apenas ponga la bandera me entro y tranco bien la puerta.

El ladrón

Carajo eso sí es estar de malas. Cuatro meses sin trabajo y cuando me citan para darme uno, matan a Gaitán, se arma la gorda en Bogotá y me toca regresarme a la pieza a seguir aguantando hambre. Llevaba mi cédula conservadora, la que saqué aquí cuando llegué hace un año, por si me la pedían. El otro día mostré la liberal, la que saqué en Viotá, y no me salió el trabajo. Son casi las cinco de la tarde y lo único que he comido es una agüepanela con un calao. Le debo tanto al Nepomuceno que el godo desgraciado ese ya no quiso fiarme nada. No valió rogarle y decirle que hoy me daban trabajo. No, Urrego, ya no le fio más, me dijo. He debido quedarme en el centro echando piedra. Pero como ya estuve preso hace unos años por intentar matar a un

godo allá en Viotá, me dio miedo meterme en líos. Y ahora viene este chulavita a decirnos que tenemos que poner una bandera de Colombia o nos incendia la casa. Tengo que salir a ver si encuentro papel o tela para hacerla. Eso sí, que me la regalen porque no tengo para comprarla. El Nepomuceno debe tener algo que nos sirva. Voy a ver. ¡Uyyyy!, pero ahí está el guache que nos vino a amenazar. Le estará diciendo lo mismo de la bandera al Nepo. Mejor me espero y me quedo mirando desde aquí. Ahí sale el viejo con la bandera. La está poniendo. Hasta chusco está el trapo ese, pa' qué. Se vuelve a entrar. Ahora sí voy a golpearle. Don Nepo, véndame algo con que pueda hacer una bandera... Si no, nos queman la casa. ¿Pero por qué no? ¿Es que no tiene nada? ¿Ni papel, ni tela, ni nada? ¡Carajo, cómo no va a tener algo! Al menos debería darme la mitad de su bandera... ¿Y por qué carajos la mitad, si puedo tenerla toda?... Sí, me la robo, la pongo en la casa y se acabó el asunto.

El honor del ario

Por José Óscar Garzón Ramírez - Edad: 64 años
Biblioteca Pública de Venecia Pablo de Tarso

Octubre 22 de 1942. *Völkischer Beobachter*, diario de Berlín, publica a cuatro columnas: Alemania pide a Stalin que repatrie a los diez mil soldados nazis retenidos en los campos de Siberia...

Otro titular a dos columnas: Las fuerzas aliadas al mando de Montgomery acaban de derrotar a los Panzer en El Cairo...

Otro más: alemanes derrotan a los aliados en Dieppe hasta casi exterminarlos...

Y a ocho columnas: Las fuerzas Estadounidenses entran a territorio germano y comienza la devastación del Tercer Reich; lo que augura la hecatombe alemana...

Estos son algunos de los titulares del diario nacional que pasajeramente lee Henry Braum, un mariscal de campo al servicio nazi durante treinta años. Hoy está agobiado por una afección renal y una incurable artritis que le impide caminar; enfermedades que se aceleraron en los últimos días a causa de los intensos fríos que soportó en los gélidos campos de Moscú, cuando dirigía el escuadrón dieciseis en la

operación “Barbaroja”. Después de siete meses, dejó tras de sí una terrible derrota, con más de diez mil soldados nazis muertos por el crudo invierno y otros tantos que fueron llevados por los rusos a los helados campos de Siberia en calidad de prisioneros.

Muy pocos se salvaron de ese frío infernal porque lograron escaparse en los aviones Lutuf de la Fuerza Aérea Alemana. Entre ellos está Henry, quien hoy se encuentra recluido en el legendario Reich Hospital. Ahí está mirando por la ventana de su cuarto compartido, ubicado en el tercer piso. Henry Braum maldecía dentro de sí la llegada de los judíos a esta tierra, pues por su avaricia y su explotación al trabajador alemán se ideó y se creó el partido nacionalsocialista para perseguir a los semitas por toda Europa y poderlos exterminar. Por eso fue que los germanos tuvieron que invadir países vecinos comprometiéndose en una guerra total, la cual hoy se ve ya perdida, pues las fuerzas nazis no aguantan las embestidas de los desgastados ejércitos europeos, mucho menos soportarán los ataques de los americanos que están intactos y cuentan con un moderno y poderoso equipo bélico. A Henry lo agobia el fuerte dolor de huesos, sobre todo el de sus rodillas, pero lo que más lo agobia es no haber exterminado a todos los semitas.

Presiente la derrota inminente que se percibe en el lánguido ambiente. También lo asusta pensar en la caída de la raza aria, en la pronta humillación. Lo único que sabe es que no perderán el honor, así lo paguen con su vida.

Con su metro noventa de estatura apenas si pasa bajo el postigo de la ventana, por donde entra una bocanada de aire fresco con tal fuerza que bandea las cortinas y las sábanas del cuarto 306, en donde se encuentra recluido junto con Karl Schoeder, su compañero y amigo. De sus apesadumbrados ojos azules brotan dos gruesos goterones que ruedan por sus mejillas coloradas, con la lengua lame su blanco bigote peluqueado a la hitleriana, para no dejar caer las lágrimas que ruedan por sus enormes ojeras amoratadas. No se le notan las arrugas, pues tiene la cara abotagada. Henry coge de la mesita un vaso de agua, que de por sí ya era racionada, y de una cajita saca una aspirina que lanza hacia arriba y luego levanta su cabeza para esperarla con la boca abierta y, así, tragársela tras tomarse un largo sorbo de agua.

Karl Schoeder sonrío y poco a poco se va sentando contra la baranda de su cama, pues le cuesta mucho trabajo hacerlo con una sola mano, porque la otra la perdió en Lyon cuando, antes de lanzarla, se le explotó una granada.

También tiene las piernas amorcilladas. Henry acude en su ayuda y, sin darse cuenta, sale del éxtasis en que se encontraba. En voz alta protestó, maldijo la guerra y denigró de los judíos. También vociferó de su estado crítico y de la eterna desgracia de Karl, pues Henry sabía algo que su compañero de cuarto ni siquiera sospechaba, y es que las dos piernas también se las tenían que amputar.

Henry se sentía solo, nunca se casó, pues toda su existencia se la dedicó a la fuerza militar; a su ideología, a su nacionalsocialismo, por el cual arriesgó su vida y para el cual tuvo que matar. Volvió su mirada hacia su compañero y amigo, se quedó pensativo, como que no entendía la vida; pues Karl, casi siempre le hablaba de un hijo y una esposa, y que desde hace cuatro años no sabía nada. Desde cuando lo enviaron a dirigir los casinos en los campos de concentración, jamás recibió una letra, y de las decenas de cartas que él les envió, jamás tuvo una contestación.

-Henry siguió reflexionando -Si ganáramos la guerra, toda Europa sería nuestra, entonces el Führer preguntaría a Karl que cuánta tierra y poder querría; pero él ¿qué le contestaría?- Tal vez Karl le dirá ¿De qué me sirve todo eso?, más bien si me devolviesen mis miembros aunque fuera pobre, sería muy feliz el resto de mi vida.

Y si a mí me lo propusiera, ¿yo que le contestaría? ¡Ah!, que para orinar por gotas y arrastrar mi artritis, con un metro cuadrado de tierra me bastaría. ¡Qué desgracia! –Volvió a hablar en voz alta– se perdió Alemania, se perdió Berlín, también nuestras vidas, soldado Karl, se perdió todo menos el honor, que será lo que definitivamente marque nuestro fin. Malditos judíos. Ojalá nunca se hubieran aparecido por aquí.

A los pocos meses murió Karl Schoeder, completamente engangrenado. El mismo día del sepelio, Henry Braum habló con un general retirado, y éste le propuso llevarlo a Suiza. A cambio le cobraría todas las joyas y oro que tuviera en su poder, y le dijo que al otro lado lo esperaban muchos compatriotas para llevarlo a Suramérica, cambiándole la identidad para que nunca los Caza-Nazis lo fueran a reconocer. Henry aceptó sin objetar y, montado en un Volkswagen, llegó a la frontera al tercer día.

En 1956 Henry Braum fue encontrado por los Caza-Nazis en el Brasil. Lo apresaron y le hicieron consejo de guerra por crímenes contra la humanidad. Fue sentenciado a la pena capital. Antes del fusilamiento le preguntaron que cuál era su última voluntad y Henry pidió ser nacionalizado como judío. Los jurados le preguntaron dos veces más ¿Como judío? Y las dos veces

Henry asintió con la cabeza sin objetar. Cuando estuvo todo firmado, le preguntaron el porqué, y él simplemente contestó: Porque mi mayor deseo es que hoy... ¡muera un judío más!

Caperucita roja y el celular sin batería

Por Augusto Guzmán López - Edad: 64 años
Biblioteca Pública Carlos E. Restrepo

En un país muy lejano, había una niña muy pilosa... pero le gustaba mucho ver el canal 42 y le mamaba gallo a las tareas y a arreglar el uniforme del día siguiente, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Por eso, cuando llegaba su mamá le tocaba a toda carrera recoger el desorden y, a veces, se le quedaban la cartuchera y otras cosas.

Su madre le había hecho una capa roja para que se protegiera cuando estuviera lloviendo, por eso la llamaban "Caperucita Roja"; pero ella la usaba para guardar su Ipod y el PC portátil y el BlackBerry.

Un día su mamá estaba chateando con su madre, es decir con su abuela, y le preguntaba por la receta para hacer un pastel... mientras tanto, Caperucita Roja le estaba enviando un e-mail al Lobo, ¡pero a escondidas de su mamá!, porque ella le había prohibido que diera su correo electrónico a desconocidos, porque era muy peligroso.

Su mamá le mandó un e-mail y le dijo: "* ¡Caperucita! Abre la nevera y llévale ese bizcocho

que está junto al jugo de mandarina a tu abuelita *"... Pero Caperucita, que tenía mucha pereza porque estaba jugando en el computador "Prison Break" y estaba muy entretenida, llamó por el celular a un domicilio y envió por SERVIENTREGA el pastel para su abuelita.

El Lobo que quería comerse a Caperucita Roja le pidió que le diera el e-mail de su abuelita, pero Caperucita Roja que era inteligente y a veces pensaba, le dijo que no, pero que si quería, le daba el Messenger para que chateara con ella.

El Lobo le dijo... "Bueno... me sirve"... y comenzó a chatear con la abuelita haciéndose pasar por Caperucita Roja y le preguntó la dirección con voz de niña: "Abuelita... es que no me acuerdo muy bien qué número de Transmilenio tomé para llegar a tu casa"... "es el D3 y bájate en el Portal...", le respondió la Abuelita.

Caperucita Roja llamó a su madre y le dijo: "Ok, mami, voy en camino a donde mi abuelita" ¡pero mentira!... estaba en el 7° nivel del juego...

Mientras tanto el Lobo fue a Carrefour y se compró un disfraz de Caperucita y se fue a la casa de la Abuelita. Allí, la llamó por el citófono y le dijo con voz de Caperucita: "Abuelita... ya llegué"...

La abuelita como pudo bajó del 402 y le abrió la puerta... pero un policía bachiller se estaba dando cuenta y llamó por el celular a otros compañeros.

En estos momentos la mamá de Caperucita le mandó un e-mail a su mamá diciéndole que estuviera pilas porque Caperucita Roja iba para allá... el Lobo contestó el correo electrónico diciéndole que tranquila, que todo estaba bien... ¡Pero ya se había comido a la abuelita!

Caperucita abrió el Messenger para chatear con su abuela y preguntarle que si ya le había llegado por SERVIENTREGA un paquete. El Lobo fingiendo ser la Abuelita le dijo: “No mi amor, véngase rápido, porque estoy malita”.

Caperucita Roja apagó el PC y, tomando un taxi, pidió que la llevaran al Portal... y llamando por el celular le dijo: ¿Abuelita, en cuál Portal?

El lobo se puso el gorro, las gafas y los dientes de la abuelita... y se metió a la cama y cerró los ojos... Caperucita Roja, como tenía llaves, abrió y llegó donde la abuelita para darle el beso... pero la vio muy diferente...

“Abuelita, Abuelita, qué orejas tan grandes”.

“Son para oír el Ipod mejor”.

“¿Y esos dientes tan salidos por qué son?”

“Son para comerte mejor”.

Y diciendo esto, el malvado Lobo se abalanzó sobre la niñita para comérsela, pero ella, como pudo, corrió rápido y se metió a la ducha y cerró con llave... desde allí, por el celular, llamó a su amigo el Cazador y le dijo: “el Lobo me quie-

re comer igual que a mi Abuelita”...

El policía bachiller llegó en esos momentos con una patrulla de la Policía y timbraron. Como el Lobo no oía el Citófono, porque con un Clip estaba tratando de abrir el baño donde se había escondido Caperucita Roja, optaron por subir.

El Cazador que era un amigo de la infancia de Caperucita Roja decidió echar un vistazo a ver si todo estaba bien en el apartamento de la Abuelita. Cuando llegó a la puerta principal vio que estaba medio cerrada y vio al Lobo tratando de abrir la puerta del baño.

Caperucita, mientras tanto, se ¡¡había quedado sin Batería!! y no podía hacer llamadas... ni a la policía... ni a la Cruz Roja... ni a la Clínica... donde su mamá estaba chateando con un paciente que se encontraba en la UCI.

El cazador sacó el cuchillo y le rajó el vientre al Lobo, mejor dicho le hizo una cesárea y allí... ¡¡estaba Viva la Abuelita!!, sentada con el Ipod en las orejas y el PC en su regazo, tratando de mandarle un e-mail a su hija para decirle que Caperucita Roja todavía no había llegado.

Para castigar al Lobo malo, el Cazador le quitó el celular y lo dejó sin un pesito para el bus. También le quitó los documentos personales para que lo cogiera la policía y se lo llevara para la cárcel por indocumentado.

En cuanto a Caperucita Roja y su Abuelita no sufrieron más que un susto, pero Caperucita Roja había aprendido la lección y prometió no darle su e-mail, ni chatear con desconocidos. De ahora en adelante seguiría juiciosa haciendo las tareas tan pronto llegara del colegio y no vería tanta TV, y, mucho menos, jugaría en el computador... si acaso un poquito... a escondidas, con el Abuelito.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

FIN

Moraleja: Siempre debemos tener el Celu con carga de batería y con minutos.

Breve historia de mi vida

Por Alberto Velásquez Pérez - Edad: 65 años
Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella

Yo llegué a este mundo un día domingo, 4 de Noviembre del año 1945, a la bella ciudad de Bogotá, capital de la República de Colombia. Fui bautizado en la iglesia de Ntra. Señora de las Aguas, siendo mis padrinos de bautizo, el entonces Embajador del Ecuador, el doctor Eduardo Larrea, y la doctora Eunice Currier. El apelativo que me colocaron: Alberto. Fui creciendo con los años, en los cuales vencí poco a poco la ignorancia. A mi tierna edad, aprendí a labrar la tierra, a amasar greda con pies y manos para la elaboración de adobes, tejas y otros elementos, a cargar caña y arriar bestias para la elaboración de miel y panela; también algunos quehaceres de carpintería.

Cuando llegamos al municipio de Pacho, Cundinamarca, tuve que trabajar en oficios varios y luego trabajé en ferreterías. En esta época falleció mi madre, quien estuvo muy enferma a consecuencia de los rigores de la violencia; mi papá falleció antes, consumido por el monte y la pena moral. Luego trabajé en una droguería y una joyería.

Los tristes recuerdos de mi infancia evocan en mi mente de una manera veraz; la época de la violencia y los rigores que sufrí en aquellos tiempos, cuando el pan se comía en medio de la angustia y el agua se bebía mezclada con las lágrimas que se vertían por la aflicción; cuando la habitación era permanecer noches enteras, ocultos entre la maleza, en los más inhóspitos lugares de los collados, soportando los rigores y las inclemencias del tiempo. En ese entonces se tenía por paredes los altos matorrales y, por techo, los negros nubarrones que se levantaban en el firmamento, presagiando las tormentas que se extendían tenebrosas entre relámpagos y truenos. Se cruzaba por los más peligrosos senderos y terrenos, todos manchados por la sangre vertida de inocentes labriegos que cayeron abatidos por las balas disparadas por los chusmeros que asesinaban cobardemente a niños y mujeres sin piedad. Aquellos desalmados sin entrañas arrasaban todo a su paso, incendiando los humildes y frágiles ranchos de bareque techados en palmicha, los cuales, en segundos, eran consumidos por las llamas. A la vera del camino se veía por doquier cruces hechas en palmicha, lo cual era el anuncio de que en ese lugar alguien había sido acribillado por aquellos bandoleros. También solían sepultar

en el mismo sitio los cuerpos, ya sin vida, que cayeran en aquel lugar, los cuales eran arrojados en la pura tierra. Cuando había muertes múltiples, los arrojaban a una fosa común.

Se andaba por los más escarpados lugares de la región en busca de alimentos. Para poder subsistir, comíamos nacumas, murrapos y otras hierbas que se encontraban en aquellos parajes. El trinar de los pájaros se confundía por el fragor de las ráfagas de las armas y las explosiones que se oían en la lejanía, provocadas por los forajidos.

En noches de luna llena y amparados por las sombras de la oscuridad, se salía de aquellos escondites y caminaban varias millas agazapados entre la maleza para llegar a otro lugar menos afectado por la violencia. La calzada solitaria y polvorienta se hallaba casi desierta al mediodía cuando el cielo se cubría de negros nubarrones y la tarde se tornaba oscura debido a lo encapotado del firmamento que anunciaba una tenebrosa tormenta. Hacía algún tiempo que no llovía sobre la región, como si la naturaleza presagiara un acontecimiento fatal y, efectivamente, así era: a eso de las tres de la tarde aproximadamente, en el sitio denominado “Naranjales”, hubo un encontrón entre tropas regulares del ejército y un grupo de alzados en armas. Trezándose en cruenta y encarnizada

batalla, el enfrentamiento duró varias horas. En el cruce de disparos de aquel feroz combate, hubo no menos de medio centenar de bajas entre ambos bandos. Vale decir que la sangre que en aquella época se derramó por estos senderos de la patria no está escrita en los anales de la historia. He tenido que sufrir el rigor del desplazamiento: de Yacopí, salí desplazado para la Palma, y de ahí a Pacho. Luego, al transcurrir de los años, volví a sufrir este flagelo en el 2004. Un grupo de bandidos se tomaron la población del Peñón haciendo numerosos estragos a la población. Después de estar fuera de mi tierra natal por más de 40 años, vuelvo al sitio que me vio nacer en calidad de desplazado.

Algunas veces con los pequeños momentos de paz y al caer el ocaso, encendía la luz de las velas de sebo y, al sonar de un radio transistor General, recibí la educación impartida por la Radio Difusora Nacional de Colombia y Radio Sutatenza. Fui formándome como autodidacta con los fascículos que recibía de la Caja Agraria, llegando al tercer grado de bachillerato.

Todas las tribulaciones que he tenido que pasar en el campo laboral, por las necesidades económicas, llevándome a trabajar por cualquier sueldo que me paguen. He tenido que pasar hambre y vestir harapos. Por ello, mi salud y

mi estado de ánimo se han visto diezmados por el abatimiento. He luchado solitario contra los infortunios, pero las leyes de la vida no me han favorecido con sus dones, ni las leyes de dios con sus virtudes. Es fingida la caridad cuando pudieron socorrer al necesitado sin gran quebranto de la sociedad, pero no lo hicieron.

También he tenido momentos de destacados, sobre todo en el campo deportivo. En el ajedrez fue el deporte que más me desataqué, siendo dos veces campeón municipal en Pacho, Cundinamarca. Además, fui sub-campeón en los juegos de la región de Río Negro en Cundinamarca; en el ciclismo también logré algunos triunfos que me colmaron de satisfacción. En el deporte del tenis de mesa también tuve una destacada actuación, igualmente en el distraído juego del turmequé. En el balompié también tuve unas modestas presentaciones como arquero, ésta es la historia de mi vida de lo que me ha acontecido a grandes rasgos.

“Porque los hombres son hombres, la historia lo ha demostrado, se enfrentan al mundo cruel, o fallan trabajando sin saber cómo ni cuándo”.

El apuntamiento que hizo famoso Rojas Pinilla

Por Clara Inés Duque

Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella

Hace unos días, sentada en el sofá de mi casa, pensaba en mi padre, aquel hombre majestuoso que me dio la vida, que con el más grande esfuerzo me dio lo que las circunstancias y la época le permitieron. Aunque contaba con poca educación y vivió unos momentos complejos de la historia, él logró ser un personaje recordado por su carisma, su honestidad y el sentido intelectual de la época; logró sacar adelante a 10 hijos que lo recuerdan.

Ayer precisamente nos encontrábamos celebrando el bautizo de Andreíta, la niña de doña Tulia, la señora del apartamento del frente donde vivo y amiga de toda la vida. La reunión estaba muy amena cuando apareció, nada más ni nada menos que, el político este, el político, es que no me acuerdo bien del nombre. Llegó, y claro, se aprovechó de la reunión y comenzó a tomarse la foto y a repartir volantes a todos los presentes. La verdad a mí me pareció terrible eso, pobrecita doña Tulia, yo creo que estaba más apenada;

y antes, los tipos que acompañaban al político, tomando whisky en una botellita de agua haciéndose los bobos. Germán, mi hermano, hizo el comentario, yo sabía que él no se podía quedar con esa, porque Germán sí es una persona que no se queda con nada. Él empezó a decir que era una falta de respeto con la niña, con la familia, a menos que hubiese sido Jhon Jairo, el papá de la niña, quien lo hubiera invitado y, pues, a él quien se le mide a decirle algo.

De pronto una señora que estaba cerca de nosotros intervino y manifestó que ella no le veía problema al tema, que así eran esas cosas a alto nivel, que además si no sabía quién era ese señor tan importante, el señor Fernando Rojas, quien estaba aspirando al Concejo de Bogotá por el Partido Liberal. Todos nos quedamos mirándola asombrados e indiferentes, y, por el apellido, me acordé de este señor de apellido Rojas, un verdadero señor, Gustavo Rojas Pini-lla, y me puse a contarles mi recuerdo de él.

En el año 1957, yo era una pequeña de tan sólo 7 años. Vivíamos en una humilde casa de madera en la Avenida Chile, mi madre, mi padre y mis cinco hermanos. Aunque estábamos rodeados de gente adinerada y prestante, nosotros no contábamos con recursos. Es más, estábamos allí porque mi padre, Pablo Emilio, era el

apunta tiempo de la obra que muy cerca de allí se construía. Mi madre, por su parte, se encargaba de preparar los alimentos a los obreros; con los centavos que les cobraban, se ayudaban con los gastos de los niños, porque la situación no era la mejor. Mi padre era muy conocido porque era el encargado de coordinar los tiempos de los turnos de los empleados, recibirles la herramienta y mantener el control de la bodega de almacenamiento. Mi madre le vendía almuerzos a los obreros, mientras mis hermanos menores y yo jugábamos en medio de jardines, arena y construcción, y disfrutábamos de la posibilidad de estudiar, que en esta época era bastante escasa. Ya que las monjas del convento Emaus querían muchísimo a mi papá, le dijeron que nosotros podíamos estudiar en el Colegio Las Bethlemitas, de niñas pobres, porque estaba el Colegio de Las Bethlemitas ricas.

Aunque yo era muy pequeña, recuerdo que una mañana las cosas eran distintas. La gente estaba como alborotada, mi mamá estaba como brava, nos mandó a bañar temprano, no nos dejó jugar, nos sentó en el comedor a practicar los números romanos y aceleró la preparación del almuerzo porque a las 11:00 de la mañana quería salir a ver la caravana presidencial. La Madre Emperatriz le había contado que el pre-

sidente Gustavo Rojas Pinilla las visitaría ese día, que venía con la esposa a ofrendar unos detallitos a la comunidad.

Justo 15 minutos antes de las 11 de la mañana apareció la imponente caravana de carros lujosos llena de militares. Mi madre comenzó a aplaudir al igual que mi padre y unos trabajadores que se sumaron al suceso; mis hermanos y yo, quietos mirando, no comprendíamos quién era ese señor y por qué tocaba aplaudirlo. Se bajó imponentemente del vehículo con un perfecto vestido militar, la gorra en la mano e impecablemente vestido. Justo frente a la entrada del convento Emaus, mientras que las monjitas los saludaban con flores blancas, él caminaba de brazo de su gentil esposa y se perdieron tras las rejas del convento y nosotros regresamos a la casa. Mi mamá estaba feliz porque había conocido al General Rojas Pinilla.

La gente comentó, contenta, la visita del presidente y continuaron con sus labores. Al cabo de un rato, mientras le recibía las herramientas a Alirio González, apareció en la puerta de la casa el mismísimo Gustavo Rojas Pinilla. Nosotros saltamos de inmediato, la sola presencia del señor inspiraba respeto y admiración. Se abalanzó y saludó a mi padre, le estrechó la manó a mi madre, uno a uno nos saludó empezando por Héc-

tor que era el mayor. Le estrechó la mano a Ligia, mi hermana, que estaba cargando a mi otra hermanita recién nacida, Martha, y a mí me tocó la cabeza y le pidió a mi hermana que le dejara cargar la niña. Mi padre, emocionado, accedió de inmediato y todos, estupefactos, vimos cómo el General Gustavo Rojas Pinilla cargaba a Martha.

A los pocos segundos le entregó a mi madre la niña y solicitó que nos entregaran los regalos que traía. Los soldados corrieron y empezaron a bajar regalos: una estufa para mi mamá, una cuna, leche, comida y regalos. Un soldadito jovencito me entregó una muñeca, una muñeca hermosa que cambió mi panorama ese día. El General se acercó a mi padre y con voz fuerte de mando le dijo: “Señor Pablo Emilio estos regalos se los damos con mucho cariño y respeto”, y luego le dijo, “de parte del gobierno de Colombia, como símbolo del esfuerzo que realizan todos los días personas como usted, que a través de la construcción sacan adelante los proyectos que son importantes para el país”. Mi papá, emocionado pero seguro, le dijo que muchas gracias por los regalos y por el privilegio que le daba de tenerlo en su casa, pero que él no era obrero, que él era el apunta tiempo de la obra.

El General Rojas Pinilla se quedó mirándolo y sin titubear corrigió las palabras que acababa

de decir, manifestó que se sentía muy contento de estar en la casa del primer apunta tiempo que tenía como amigo y de saludar a su familia. Enseguida se comenzó a mover la seguridad y, poco a poco, fueron abandonando la humilde casa de madera donde vivíamos los Duque. La felicidad nos embargó, más aún cuando, al día siguiente, mi padre apareció en el periódico más importante del país saludando al General y un enorme titular que decía Homenaje de Rojas Pinilla a los apuntadores de Bogotá.

La señora volvió a intervenir, algo incómoda por mi relato. Se sintió molesta por el mal ambiente hecho al candidato que amablemente se había tomado la molestia de visitarlos; además esos apoyos son cruciales para la contienda política y las aspiraciones de Jhon Jairo, el esposo de doña Tulia, que aspira a ser edil de la localidad. A eso contesté que la política sería distinta si, como antes, se pensara más en el pueblo y éste tuviera la inteligencia de elegir a alguien culto y preparado.

Atentado al DAS – 6 de diciembre de 1989

Por Margarita Ávila - Edad:72 años
Biblioteca Pública Las Ferias

Yo llegué a trabajar, faltaban 10 minutos para las 7 am; estaba haciendo un reemplazo en el ascensor de visitantes. Subí varias veces al piso 9 y bajé nuevamente. Luego, cuando eran las 7:15 am, llegaron dos personas, uno trabajaba en pagaduría, era contador y otro que llegaba a posesionarse ese día. En ese momento yo cerré la puerta para subir y volvió y se abrió la misma; volví a insistir para cerrar la puerta y, entonces, le dije a uno de los compañeros de trabajo: “cuando yo cierre usted ajuste la puerta con sus manos, porque parece que se dañó la guaya”. Alcancé a cerrar un poquito y, de pronto, vino el estruendo y todo el edificio se movía como una hoja de papel.

El muchacho que iba a posesionarse ese día murió, y el otro quedó atravesado sobre la puerta que se cayó encima mío. En ese momento, no sé cómo, el impacto fue tan fuerte que nos sacó del ascensor. Se le rompieron los cables desde el sexto piso y nosotros terminamos

casi en el patio de lavado de carros; pero una reja nos trancó y mis piernas se incrustaron en ella. Luego comenzó a sacudirse eso. Yo no perdí el conocimiento, pero tragué mucha sangre de la persona que estaba encima de mí. Luego comencé a escuchar las ambulancias y los gritos de la gente afuera. Yo, en mi pensamiento, estaba segura de que yo pedía ayuda; no sabía si era real, pero yo lo sentía así.

Pasaron las horas y, como a las 11:30 de la mañana, ya se empezaron a calmar las cosas. Empecé a sentir a los socorristas que buscaban gente en los escombros. En un momento yo dije “Señor, tú sabes que tengo hijos que me necesitan y yo los necesito a ellos”. En un momento oí que por encima de mí había alguien caminando y yo grité: “¡ayúdenme! estoy aquí, por favor”. Gracias a Dios me escucharon y comenzaron a escarbar. Me cayeron los escombros y no pude hablar, pero ellos me decían que siguiera gritando y empezaron a tratar de sacarme. Metieron tablas para apoyarme la cabeza, cuando me apoyaron la cabeza en la tabla, uno de los socorristas metió la mano y cogió la cabeza del otro señor ya muerto que estaba decapitado, entonces gritó del susto y dijo “éste está muerto”; a lo que un compañero le respondió: “entonces ayudemos a la que está viva, primero los vivos”. Intentaron sacarme, sin

embargo, no pudieron debido a que mis piernas estaban incrustadas en la reja del separador de las escaleras para el segundo piso.

Después de un tiempo cortaron las vigas de la reja con segueta y me pudieron sacar un poco, me colocaron cuello ortopédico y me subieron a una ambulancia. Yo permanecí consciente todo ese tiempo, cuando subí a la ambulancia, el paramédico me vio la cara llena de sangre y escombros, trató de limpiarme pero, en ese momento de tanto dolor, perdí el conocimiento.

Cuando desperté estaba en la Clínica de la Caja Nacional, yo veía gente en todos lados, tirados en el suelo, en camillas; no había una persona que no tuviera sangre en su rostro. De pronto vi el reloj, era la 1:10 pm, entonces me bajaron a hacerme cirugía; cuando yo llegué allá, miré a un lado y vi una camilla, allí estaba una muchacha que acababa de morir. En ese momento la miré y me acordé de mi hija que también trabajaba allá en el DAS, y grité “¡¡¡Hija!!!, ¿dónde estás?”. De pronto aparecieron unos compañeros que me dijeron que ella estaba bien, en otro lado, en la Clínica San Pedro Claver. Pero yo no estaba conforme porque no sabía de ella.

Allí llegaron mi sobrina y un amigo a buscarme, pasaban por mi lado y no me reconocían,

hasta que yo, como pude, con una mano agarré a mi sobrina, ella me miró y me dijo: “¿Usted quién es?”, y yo a señas le dije que sí. Ella me reconoció, en ese momento bajó el médico y me dijo que si quería quedarme en el hospital o que si me hacían lo que tenían que hacer y me iba para la casa, porque no había camas ni dónde alojar una persona más. Yo dije que sí, mi sobrina también estuvo de acuerdo para que nos fuéramos.

Del hospital salimos para la casa de mi hermana en la ambulancia, todos los días tenía que ir a curaciones, a revisión, y, después de los cuatro meses, me comenzaron a hacer psicoterapia durante dos años y medio. Después del tiempo, me cansé y no volví allá. De ese día en adelante mi salud empeoró y he tenido más de ocho cirugías.

Esto es lo poco que puedo decir, debido a que mi dolor vuelve con sólo recordar cada momento de lo que viví en ese terrible día.

La hojarasca y el miedo

Por María del Carmen Ardila - Edad: 67 años
Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella

Esto no es cuento, es la pura realidad. Nací el 15 de octubre de 1943, en el municipio de Ubaque, en una vereda llamada Fistega. Mi hogar estaba formado por 6 hermanos, papá y mamá. Mi papá era un borracho y le pegaba a mi mamá casi todos los días; de tanto golpe ella murió muy joven y quedamos 6 niños huérfanos. Yo soy la quinta de los seis, estábamos entre los 16 años, el mayor, y 4 meses, la menor.

Mi papá se volvió a casar y, al poco tiempo, llevó a la nueva esposa, sacó a los mayores de la casa que era de mi mamá y quedamos las dos pequeñas en el más completo abandono.

Ya mi papá no era violento con la señora, pero no tenía ninguna consideración con nosotras; se iba a trabajar de jornalero y ella se iba para donde los padres. Yo cuidaba a mi hermanita. Le hacía mazamorra molida con el maíz que había en una piedra para moler; más era lo que me machucaba que lo que molía, pero no la dejé morir de hambre.

Así pasó un tiempo. Un día hicieron una encuesta en la vereda y dijeron que yo tenía que estudiar. Al fin de tantas visitas mi papá me

matriculó en la escuela; hice hasta quinto de primaria, estudiaba y cuidaba a la pequeña con hambre y descalza.

Un día llegó mi hermana mayor, que se había casado y esperaba un bebé, y me dijo que me fuera con ella para que le cuidara lo que iba a tener. Yo me puse feliz, ni siquiera pensé en mi hermanita y así quedó ella sola. No volví a saber nada de ella, hasta muchos años después que mi papá y su familia se vino para Bogotá; después de que mi hermana le crió los hijos del segundo matrimonio la echaron a la calle. Ella hoy en día tiene 64 años, está en un ancianato y tiene desadaptación social.

Volviendo a lo mío, ya aquí mi hermana peleaba mucho con el marido y yo era la que pagaba las consecuencias; me pegaba mucho. Me fui para donde una tía que vivía a pocas cuadras, el esposo de ella me consiguió trabajo en una casa de familia; era una casa grande con muchas alcobas, los pisos eran en madera, tenía que echarles viruta, cuidar un niño como de un año y hacer todo lo demás como atender a los patrones, la pareja y el niño.

Una noche al niño le subía la fiebre. Yo estaba acostada y me dijeron que tenía que ir a comprar una medicina para el niño y les dije: “pero si es como media noche”, y me respondieron: “no im-

porta, tiene que ir”. Me puse un saco encima de la pijama. Tenía que ir a una droguería de turno que trabajaba las 24 horas; era la droguería Acuña, quedaba en la 16 con 16. Me dijeron que cogiera por toda la 16 arriba, que fuera contando las cuadras, más o menos eran 10 cuadras. Cuando salí de la casa sentí un frío horrible; estaba soplando un viento helado con llovizna que me colaba los huesos. Iba contando las cuadras, cuando pasé por un parque que me dio terror; me parecía que los árboles se abrazaban, la hojarasca me parecía que se pegaba a mis pies y sentí mucho miedo. Estaba perdida y se me estaba olvidando contar las cuadras. Temblaba llena de espanto. No había nadie por allí; de vez en cuando pasaba un carro, pero seguí derecho hasta que al fin en una esquina vi la droguería. Me atendió un señor, quien me dijo: “¿qué hace por aquí sola?, ya casi es la madrugada”.

Me regresé por el mismo sitio. Otra vez el parque, y no sé por qué me producía tanto terror; me parecía que bailaban con el viento. Después de que pasé el parque arranqué a correr como si me fueran siguiendo porque me parecía que me fueran a coger. Llegué mojada. Cómo hubiera sido de rico algo caliente, pero nada; al fin y al cabo no tenía madre. No podía dormir, pensaba en el parque; hoy en día con 68 años cuando

hace borrasca me acuerdo de ese parque.

Mis patrones tenían la costumbre de mandarme por la noche por el desayuno, 8:30 - 9:00 todos los días. Yo siempre veía un señor como de 28 años y una noche se dirigió a mí: “¿por qué sale de noche?” y yo le contesté que mis patrones me mandaban. Me dijo que si quería cambiar de empleo, que la mamá tenía un restaurante en Fusa y que si yo quería él me llevaba el fin de semana. Yo no lo pensé y le dije que sí, eso fue un lunes, él me puso la cita para el viernes a las 7 de la noche. Yo tenía 13 años, no tenía malicia de nada, era bastante menudita, no me había llegado mi primer periodo ni sabía que eso le llegaba a la mujer y no tenía senitos; yo qué iba a pensar que ese señor tenía malas intenciones.

Se llegó el viernes, dormí el niño temprano y me fui a cumplir la cita que era a pocas cuerdas de la casa. Estaba en un taxi negro, llevaba en una bolsa la ropita que tenía y en carretera empezaron a tomar, parecía aguardiente, yo no quería, yo no tomaba, pero me dijo que no pasaba nada; me dio un trago casi a las malas, era dulcecito pero me mareó.

Llegamos. Vi el aviso Hotel Ríomar, el conductor se fue y nosotros entramos. En recepción había música y estaba un señor que era muy co-

nocido, le decían señor Vidal; yo ni saludé porque me dio como susto. Me cogió de la mano, me llevó a una pieza y me violó. Yo era muy pequeña y él muy grande, no me pude defender; yo gritaba pero como había música, nadie me escuchó. Tenía ganas de pararme y pedir auxilio pero no me dejó y tampoco tenía alientos.

Amaneció. Estaba empapada en sangre, estaba más muerta que viva. Él Llamó a una muchacha que cambiara la cama y ella le dijo: “Señor Vidal, esta vez sí se pasó. Llévase la de aquí porque nos metemos en problemas”. Me sacó de allí y me llevó a otro hotel llamado El Sol, donde también era conocido y me dijo: “Tranquila no te voy a tocar más” y se fue. Allí tenía la posada y la comida, pero yo no salía casi a comer; estaba enferma, escasamente me paraba al baño, ya que tenía que lavar la ropa interior porque sangraba mucho. A los 8 días apareció de nuevo, yo no me había movido de allá porque no tenía ni una moneda. Estaba sola, nadie se iba a interesar por mí.

Ese señor me dijo: “la voy a mandar para Bogotá”, y así lo hizo. Apenas con el tiquete, cuando venía en el bus pensaba: “para dónde voy, a dónde me voy a bajar”. Al fin le pregunté a una

señora que dónde me podía bajar, ya que iba para el barrio Santander y ella me dijo y me regaló para el bus. Llegué a donde mi hermana; un primo le avisó a ella y cuando llegó me dio una golpiza tan fuerte que perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en el Hospital La Misericordia. Allí duré dos meses; yo no quería que me dieran la salida porque los médicos y enfermeras eran muy buenos conmigo. Volví a donde mi hermana, ella era una persona fría, nunca le conocí una palabra de cariño.

Conseguí trabajo en una cafetería. Allí conocí a un muchacho como de 21 años; yo tenía 15. Al año de noviazgo nos casamos. Yo quería tener lo mío, al fin un hogar, ser alguien, yo nunca le importé a mi familia. Pero me equivoqué de nuevo, porque a los pocos días me di cuenta que era muy parecido a mi padre.

Hasta aquí, porque si sigo no termino nunca, esto es un pedacito de mi vida.

Todo sucedió.

Me gustaría que me llamaran,

Mary.